



SERVICIO SECRETO

MUERE COMO QUIERAS

PETER DEBRY





SS **SERVICIO SECRETO**



PETER DEBRY

MUERE COMO QUIERAS

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 972
Publicación semanal
Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 1.909 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1969

© PETER DEBRY - 1969

sobre la parte literaria

© DESILO - 1969

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

983. — Aprender a no morir.

En Colección SERVICIO SECRETO:

964. — Traficantes del miedo.

En Colección BUFALO:

798. — Una corona de buitres.

En Colección CALIFORNIA:

623. — Tiros por la culata.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614. — Legionarios del «Colt».

En Colección COLORADO:

462. — Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

350. — El libro de las 1.001 muertes.

En Colección ASES DEL OESTE:

374. — «Kentucky Joe».

En Colección BRAVO OESTE:

413. — Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:

552. — Matón provisional.

CAPÍTULO PRIMERO

El día menos pensado abandonaré mi profesión. Me agrada y tengo lo principal: vocación. Pero no tengo porvenir. Porque un individuo que acaba de celebrar a solas y sin el menor entusiasmo, sus treinta años, sin haber renunciado por completo al sentimentalismo, es un fracasado en los tiempos que corren.

Doblemente fracasado si no ha logrado asimilar que los sentimientos no encajan con ningún trabajo, sobre todo en la clase del mío. Ya que sigo siendo un romántico, es preferible que me dedique a dar lecciones de arpa y clavicordio.

De estas melancólicas reflexiones tiene la culpa el caso Denis Bayard. Todo el mundo conoce a Denis Bayard. Millones de espectadores le han envidiado al verle interpretar su formidable papel estelar en la película a todo color, «Hay cariños que matan».

Desde que Denis Bayard se encaramó al pináculo de la profesión de actor y nada menos que en París, sosteniéndose en lo alto durante ocho años, su efigie ha sido contemplada hasta la saciedad en la televisión, en la gran pantalla, en escenarios y en las múltiples revistas del género.

Las menores de veinte años lo idolatraban; las mayores de edad, serias o no, ponían los ojos en blanco oyendo simplemente pronunciar su mágico apellido.

Era fenomenal el efecto que causaba en las mujeres. Antes de seducirlas y atontarlas, naturalmente.

Yo no le he tratado más que una vez, pero a fondo. Ni me sedujo ni me atontó más de la cuenta, lógicamente. Y no pagué para ver al ídolo. Me envió a buscar. Me solicitó.

Seguramente debieron decirle que yo era uno de los ex policías más capacitados para sacar a cualquiera de un lío, en París. Lo cual se dice pronto.

Lo cierto es que una tarde el teléfono repicó en mi estudio-despacho. Yo estaba mirando caer la lluvia, sentado tras el ventanal. Pensaba. Y repensaba. En nada. Vacío, hueco y tristón.

Hubo una época en que me hubiese maldecido por vivir en semejante estado vegetativo, pero mi conciencia había dejado de

importunarme, desde que descubrí lo que era la conciencia.

Una vocecilla repitiendo calmosamente: «Procura no meterte en líos, de este nuevo jaleo no saldrás tan fácilmente». Y así hasta que uno se casa. Luego, la esposa sustituye a la conciencia.

Prefiero seguir soltero y hacerme los reproches yo mismo, a solas, después de los errores y patinazos.

La voz al teléfono era cortés y meliflua:

—¿Hablo con el señor Martin Martin en persona?

Admití que así era. Se aclaró la voz delicadamente:

—Paul Dambros al aparato. Soy el secretario particular del señor Denis Bayard.

Esperó pacientemente, convencido que la noticia me había dejado sin palabras. Contemplé un instante la lluvia y pregunté:

—¿Se refiere a Denis Bayard, el actor?

—Exactamente, al propio señor Bayard. Me ha pedido que le llame. Desea, tener el placer de conocerle en el cóctel de esta tarde, entre las cuatro y cinco. Espero que no tenga usted ningún otro compromiso.

—No se retire, por favor. Consultaré mi carnet de citas...

Permanecí sentado, mirando la lluvia, y desgranando pensamientos.

El gran Bayard no enviaba invitaciones a débiles económicos como yo, a no ser con un motivo muy preciso y de su interés. No era por el placer filantrópico de hacerme degustar sus alcoholes.

Olfateaba una oferta de trabajo, lo cual me intrigaba. Denis Bayard tenía una corte de secretarios y lacayos dispuestos a satisfacer sus menores caprichos. Si no quería servirse de uno de aquellos parásitos, seguro que el trabajo debía ser muy confidencial... o nada limpio.

Conociendo su reputación, opté por la segunda hipótesis.

En este punto de mis pensamientos, el teléfono emitió una tosecita impaciente. Dije:

—Estaré libre hacia las cuatro. ¿Dónde tiene lugar la «party»?

—En su casa de las afueras. En Juvisy. Villa Las Mimosas. Debe usted saber que se va esta misma noche y estará muy ocupado después de las cinco. Por consiguiente no se retrase si quiere sostener una entrevista con él. Espero que me comprenderá...

Le entendía perfectamente. Si Bayard no quería confiar en su

secretario, tampoco me tocaba a mí hacerlo. Aquel arreglo me parecía curioso. Apparently, se suponía que yo debía saber detalles especiales sobre Bayard y sus actividades. Bayard debió dejar suponer a Dambros que nos conocíamos.

La prueba es que me invitaba como a un amigo, no en mi calidad de ex policía y sabueso independiente. Todo lo cual me impulsaba a pensar que quería discutir conmigo sobre un trabajo especial, muy privado.

—Dígale que iré a verle tan pronto como pueda. Hasta luego.

Depositó el aparato en su soporte, y seguí mirando la lluvia en su artística labor, bruñendo las pizarras de los techos picudos de las buhardillas de la calle Saint-Jacques, lamiendo las fachadas de ladrillo rojo y vigas al aire, tornasolando los cristales...

El Barrio Latino es delicioso cuando se es estudiante, cuando se tienen esperanzas, optimismo, fe en el porvenir. Es melancólico como sollozos de violín, cuando llueve y se han cumplido los treinta.

El teléfono volvió a campanillear. La voz era glacial, parecida a la lluvia que empañaba mis cristales. Apenas tuve tiempo de aclarar mi identidad, cuando la voz declaró con monotonía:

—No hable, Martin. Límitese a escuchar. Usted es un tipo simpático y voy a darle un buen consejo gratuito. Olvide su cita.

—¿Cuál?

—Con el mal tiempo que hace esta tarde, será mucho mejor que se quede en su desván. La temperatura es muy húmeda para ir a beber cócteles. Podría oxidarle las tripas... ¿Se percata?

—¿Quién está al aparato?

—Tu madrina la loca. Tú y yo sabemos perfectamente de qué se trata. Y si quieres que te aclare las insinuaciones, no vayas a ver a Bayard o bien...

—O bien, ¿qué?

—Corres el riesgo de que te hagan la autopsia sobre un mármol de la Morgue. Hazme caso... Si quieres vivir...

—Vivo como puedo, pero me permito el lujo de escoger la muerte que quiera.

—Por una vez, sin que sirva de precedente, trata de ser sensato, Martin. Quédate en tu buhardilla viendo caer la lluvia, y encontrarás dos mil de los fuertes en tu buzón mañana por la

mañana. Podrás así ofrecerle flores a tu chica, en vez de que sea ella la que te envíe una corona.

Parecía un mal actor recitando un texto. Su entonación permanecía inalterable. Me empezaba a caer pesado.

—Ya está bien, tío chismoso. Vete a contarle majaderías a tu padrino el chivo.

Me dedicó un calificativo que me situaba entre los seudovarones que se casan con sus baterías o pianistas, y colgó.

CAPÍTULO II

Las Mimosas era una larga planta baja rodeada de vasto césped, setos y parterres que bajaban hasta la ribera del Sena. A cada lado crecían los arbustos dorados que le daban el nombre a la casa.

Seguía lloviznando cuando el taxi remontó la alameda, deteniéndose ante la entrada. Apeándome caminé hacia el porche para no estropear mi traje de gala.

Aguardé a que el taxi bajase la alameda y abandonase los dominios, dejando atrás las señoriales verjas abiertas para pulsar el timbre.

Media docena de coches se alineaban en la alameda a la derecha. Cinco eran superseries, superlujo. El sexto era un modesto «Break Citró» que necesitaba un repintado. Me inspiró inmediatamente una cálida ternura.

Cesé de sentirme el invitado apolillado. Ya no era el único que no podía encender puros de treinta francos con billetes de mil o mecheros de platino y diamantes.

La puerta se abrió. Un tipo afligido, de cabeza siniestra y de amargada expresión, dijo:

—Buenas tardes, señor. ¿Quiere tomarse la molestia de entrar?

Vestía chaqueta negra, pantalón gris a rayas y cuello alto. Su corbata negra, amplia, estaba moteada de puntos grises como si las palomas hubiesen confundido su larga nariz huesuda con un perchero.

—¿Puede el señor honrarme con su nombre?

Por el tono de su voz estuve por creer que me invitaba a ver al cadáver en su último lecho. Le dije quién era yo y meneó la cabeza como si estuviera infinitamente apenado.

—El señor Bayard espera al señor. ¿Tiene la bondad de darme su abrigo y sombrero?

Colgó ambas prendas en un armario. Sus movimientos eran lentos. Sospeché que estaba palpando mis bolsillos en busca de armamento. Se cepilló una mano con la otra y meneó de nuevo la cabeza.

—Si el señor se digna seguirme...

Me digné y caminamos por un largo pasillo con numerosas puertas. Al fondo otra puerta daba acceso a una gran sala, con piano, pantalla, varias filas de butacones y un enorme aparato de televisión. En un rincón un bar.

Al frente, dos anchas puertas cristaleras, corredizas, tras las cuales se oían rumores de voces y carcajadas intermitentes. El lacayo con cara de sepulturero avanzó sobre la punta de sus zapatos de charol y aplicó unos toques discretos en la cristalera. Con la mano en una de las empuñaduras, me miró por encima del hombro:

—Por aquí, señor.

Hizo deslizar el panel. Unas cincuenta personas se hallaban reunidas para celebrar la partida del anfitrión. Había tan poco sitio que daba la impresión de ser un cuarto superpoblado.

Los olores de cigarrillos, alcohol y extractos de «Noches de amor», se mezclaban. Las mujeres llevaban diamantes suficientes para enjugar el déficit de la balanza de pagos. Deslumbraban. Lamenté no haber llevado mis gafas antisolares.

A nuestra aparición, el mosconeó de las conversaciones se apagó y múltiples filas de cabezas giraron hacia mi dirección. Me sentí como un fiambre sobre la mesa de disección. «Cara de Enterrador» anunció con voz potente:

—¡El señor Martín!

Como si su bramido lo explicase todo me plantó allí, cerrando silenciosamente a mí espalda. Alguien lanzó una risita nerviosa, burlona. La repetición de mi nombre y apellido, causa efectos dispares. Hay quién llega a creer que tartamudeo. Muchas veces me presento como Martín Bis. Muchos así me conocen. Por Martín Bis.

Cesaron de observarme como a un trofeo de poca monta. Todo el mundo se puso a hablar al mismo tiempo. Por fin tuve ocasión de examinarles a mí vez.

Pese a los diamantes, visones y trajes caros, había un poco de todo en aquella concurrencia al cóctel gratuito. Estrellas de cine, televisión y teatro, críticos, un escritor de moda con barbita en punta, dos o tres cronistas de escándalos y un empresario célebre por su mal genio y talento.

Había también algunas mujeres bonitas, pero la mayor parte carecían de juventud real. Sentí sed, y pude localizar un bar idéntico al de la primera sala. Era toda una hazaña lograr arrimarse

a las bebidas sin exagerar los codazos. Por fin, me las compuse y estaba a punto de terminar la «Operación Brebaje» cuando una muñeca de rojo vestido se volvió sin previo aviso y se produjo el choque.

Confieso que una muchacha como ella podía atropellarme a todas horas del día y de la noche siete jornadas por semana, sin que yo me quejase. El terciopelo de su vestido era una dulzura. Cuando me tropezó, pude darme perfecta cuenta que sus formas eran naturales y sin artificio.

Si no llego a cogerla entre mis brazos se hubiese caído. La retuve un momento para asegurarme de que había recobrado el equilibrio. Y la solté.

Esta es mi versión de los hechos y me ratifico.

Dijimos «perdón» a la vez. Ella rio, echándose una hermosa greña tras la oreja y me examinó. Reí para hacerle compañía. Era un acto heroico para un tipo que acaba de recibir en plena cara el contenido de un vaso con gin-tonic.

Por suerte, el alcohol y la tónica resbalaron sin mojarme demasiado el cuello de la camisa, y no recibí la ginebra en los ojos. Esos alcoholes de quemar son corrosivos fuera del estómago. Hubiese sido una desgracia quedarme ciego ante chica semejante.

Su boca era un poquito demasiado grande. Así me gustan. Dientecillos crueles. Rostro triangular de altos pómulos. Sus negros cabellos daban reflejos a sus ojos de un azul profundo.

Me examinaba sin disimulos francamente. Por fin manifestó:

—De veras lo lamento. He sido muy torpe...

Señalé su vaso vacío.

—¿Me permite ofrecerle otro?

—Según mi nodriza nunca debe una beber con desconocidos. ¿Alguien puede avalarle?

—Solamente mis enemigos. Cuando nos conozcamos mejor le daré sus nombres para que pueda comprobar que me calumnian.

—Usted no es de los que rodean a Bayard porque nunca le he visto hasta ahora. ¿De dónde sale?

—He prometido callarme, pero voy a confiarle mi secreto. Soy el hermano menor de Denis Bayard. El hermano pródigo que vuelve para pagar las hipotecas y salvar la vieja mansión familiar. Excitante, ¿verdad?

—Una estúpida mentira, pero me aburro —y cogiéndome del brazo agregó—: Dígame cómo se llama y beberemos juntos.

Emparejados seguimos abriéndonos paso entre la masa.

—Me llamo Martin. Tiene la memoria corta. Me anunciaron a grito pelado hace apenas unos minutos. ¿No estaba usted aquí?

Tal vez me equivocaba, pero me pareció que su sonrisa adquiría súbita fijeza. Parpadeó y en sus ojos hubo un extraño destello. Como no sabía yo de qué podía tratarse, le tendí un asidero:

—¿Y usted cómo se llama?

Habíamos alcanzado por fin el bar, donde dejó su vaso vacío, echándome una mirada indiferente. Había decidido adoptar aire impasible, lejano.

—Me llamo Suzon Dubosc. Firmo la columna de modas en *Ce Soir*.

Me instalé a su lado en un sillón metálico y llamé al camarero oriental. Ella murmuró:

—No es asunto mío, pero debería irse apenas haya bebido. Sería el mejor modo de ahorrarse problemas. Un montón de problemas.

El filipino, malayo o indochino, atendió nuestra petición, y se fue.

—¿Podría aclararme lo que acaba de decirme, Suzon? Soy un ciudadano de lo más apacible y nunca me emborracho. ¿Por qué entonces iba yo a tener problemas al hablarle?

—Nada tengo yo que ver con todo esto, pero no quisiera que...

El camarero asiático dejó los dos vasos, volviendo a alejarse hierático.

Suzon Dubosc dibujaba redondeles húmedos sobre el mostrador con el fondo de su vaso y seguía hurtándome el rostro. Un perfil voluntarioso que me gustaba. Y unos labios carnosos que decían:

—Ha sido Bayard el que le hizo venir, ¿verdad?

—Digamos mejor que me ha invitado. Este es un lugar ideal para pasar una hora deliciosa en una tarde lluviosa. Y si no llego a venir, figúrese lo que me habría perdido al no conocerla...

—No sea estúpido —atajó ella calmamente.

Por lo visto debía yo poner cara de bobalicón entusiasmado. Alcé mi vaso con jugo de tomate, limón y coñac:

—A la salud de nuestro invisible anfitrión, para que su viaje sea agradable y próspero. Por cierto, ¿dónde va?

—A Cinecitá, para rodar una gran supercoproducción. Y no engaña usted a nadie, Martin.

—De acuerdo. No engaño a nadie, nunca. ¿Y qué más?

—Haga lo que haga, nadie le agradecerá haber intervenido en los asuntos de Bayard. No se enrede usted en los embrollos en que él se ha metido.

—Gracias por el consejo, pero hay crisis y la vida es dura. ¿Es todo lo que quería decirme, Suzon?

Recogió el bolso deslizándolo bajo su sobaco y sonrió irónica:

—Una cosa más. Desconfíe al máximo. La mitad de los que están aquí se mueren de ganas de plantarle un cuchillo en la espalda a Bayard...

—¿Por qué un cuchillo y precisamente en la espalda?

—Salta a la vista. Para no hacer ruido y poder conservar el anónimo, por si fallan. Tenga cuidado que, por casualidad, no se lo claven a usted.

Suzon Dubosc dio media vuelta y me dejó, abriéndose paso hábilmente por entre la concurrencia. La seguí con los ojos hasta que desapareció.

Paladeando el jugo vegetal y tonificante, pensé en varias cosas: pese a su control, Suzon se encolerizó conmigo. ¿Por qué? No lograba comprender qué podía importarle a ella que me metiese yo en conflictos.

Me conocía más de diez minutos antes y, sin embargo, ya sabía cuál era el motivo de mi visita. El problema era saber quién se lo dijo...

Alguien me repicaba suavemente en el hombro hablando con monotonía:

—Bayard quiere verle, Martin. Le aguarda en su despacho.

Vacíé el resto del vaso y giré para examinar al mensajero. Un tipo menudo, de piernas cortas. Sin cuello, y una cabeza redonda de cabellos casi al rape. Sus ojos muy redondos, de un negro jade, hacían evocar los de un monigote de nieve.

Y emanaba el mismo calor humano.

No me gustó nada su mirada mortecina, ni su modo de silbar suave entre dientes, mientras le estaba yo observando. Todo él me era profundamente antipático y hubiese jurado que el sentimiento era recíproco.

—¿Quién es usted?

Deslizó los pulgares en ambos bolsillos del pantalón, y dejando de silbar «La muerte tenía un precio», manifestó:

—Fausto Lorrain, si es que le puede importar.

Hablaba como si tuviese una patata demasiado caliente en la boca.

—Me cuido de los asuntos particularísimos de Bayard. Le advierto que no tiene costumbre de que lo hagan esperar.

—Siempre hay una primera vez. Además, por ahora sigo siendo un invitado libre de consumir jugos vitaminados.

—Hallará todas las clases de vitaminas líquidas en el despacho de Bayard.

—¿Y también un vaso limpio?

Fausto Lorrain se limitó a señalarme una puerta que hacía frente a la que empleé para entrar. Debía estar insonorizada. Una vez cerrada ya no se oyó nada. Me dolieron las orejas ante aquel súbito silencio.

Estábamos en otro pasillo con techo de cristal. El cielo gris se había ensombrecido desde mi llegada. Como una noche prematura.

Fausto Lorrain giró en ángulo recto y se detuvo ante una puerta maciza. Debíamos estar al otro extremo de la casa. Lorrain golpeó por dos veces y entró. No soy muy impresionable, pero me hubiese sentido mucho mejor de haber llevado mi «Lebel», corta y cómoda.

La sala a la cual pasé no tenía aspecto de esconder matones. Paneles de madera noble, alfombra *beige* espesa, dos sillones de piel y una gran mesa despacho que reflejaba la luz de los apliques empotrados en las cuatro esquinas.

Tras el despacho, la pared estaba recubierta de estanterías de biblioteca. En el centro había una puertecilla sin rastro de manija. Cortinas haciendo juego con la alfombra, corridas ante el ventanal. Un fuego de leños chisporroteaba en el hogar.

Todo muy grato. Hasta una mesa bar al lado del despacho, dando la última nota de confort en aquella estancia atractiva. No lo registré todo al primer vistazo, lógicamente.

Ya tenía bastante tarea en calibrar al individuo que había hecho famosas muchas obras en escenarios y en ambas pantallas.

Me chocó que las fotos fueran tan engañosas. En la realidad, Denis Bayard parecía muy distinto. Un hombre de cuarenta y cinco

años que se esforzaba en figurar treinta y no lo conseguía.

En vez de mirada magnética me pareció aquejado de miopía. Bajo los ojos tenía un par de bolsas. La vida fácil había ablandado su anatomía. Su rostro era el del hombre con sueño atrasado y que abusa de todo lo que le apetece.

Así fue como vi a Denis Bayard aquella tarde. Como galán seductor estaba ya acabado. Y debía saberlo.

—Hola, Martin. Celebro que haya venido. Espero que toda esta gentecilla no le aburra demasiado.

Sus dedos eran velludos y blanduchos. Me soltó la mano haciendo señal para que me sentase y me sirviese, Contorneó la mesa empujando hacia mí un cofrecito de cigarrillos surtidos. Dijo:

—Puedes irte, Fausto. Te llamaré cuando te necesite.

Lorrain emitió un gruñido y salió. Seguro que se pondría a escuchar tras la puerta, aunque estaba blindada. Bayard empujó su sillón a un lado de la mesa, y con los brazos cruzados me observó. Estuvimos un par de minutos contemplándonos, hasta que se decidió.

—Le hice llamar porque le necesito, Martin. No tengo tiempo de entrar en detalles. Esta mañana recibí un telefonazo de un hombre que disfrazaba su voz. Me ha amenazado. Pese a que estoy acostumbrado, creo que esta vez la cosa iba en serio.

Bayard no parecía muy preocupado.

—¿Qué quiere decir con «esta vez»?

—Hace ya dos semanas que dura este juego. Me telefona cada tres días tratando de asustarme. Primero creí que sería un chiflado, pero he acabado por creer que realmente se propone algo.

—¿Ha podido reconocer la voz?

—Es difícil. Me dice unas palabras solamente. Pero sabe de lo que habla. Debe tenerme vigilado hace tiempo. Está al corriente de cuanto hago y de ciertos secretos concernientes a mí pasado.

—¿Solicita pago por su silencio?

—Intenté comprarle, pero se ríe. Esta misma mañana renové mi proposición. Contestó que los cheques no tienen curso allá donde voy a ir a parar.

—Puesto que no es un orate, ni un chantajista, debe tratarse de un enemigo personal. ¿Los tiene?

—A montones. Triunfar no es sencillo. Estoy seguro que

bastantes colegas deben odiarme sin mencionar unas cuantas mujeres.

—Según parece, su interlocutor misterioso y anónimo ha descubierto algo susceptible de inquietarle. Poco podré hacer si ignoro de qué se trata.

—Dos hombres sabiendo un secreto, ya son muchos. No quiero aumentar el número. Puede de todos modos ayudarme.

—¿Cómo? ¿Interrogando a puñetazos a sus amistades? No viviría lo bastante.

—Simplemente quedándose en mi casa para evitar que se me acerquen demasiado.

—¿Demasiado cerca para qué?

—Para matarme. Según mi comunicante, pronto caerá el telón. Me ha anunciado textualmente: «Haz tu testamento. No vivirás mañana. No saldrás de París esta noche». Si usted no lo impide, mantendrá su promesa. Le ofrezco diez mil francos para protegerme.

Exhibió una sonrisa ambigua sacando del bolsillo un fajo de billetes.

—Cuando ya esté seguro en el avión, mi secretaria le abonará cinco mil de prima.

Mi cuenta bancaria estaba anémica. Y Denis Bayard era muy dueño de valorarse tan alto. Hubiese sido un idiota rematado al negarme a aceptar tan generoso pago.

Lo único que me intrigaba era que Bayard se reservaba algo. Algo que parecía producirle una íntima diversión. Intentaba disimularlo, pero se notaba en su sonrisa.

Al dejarme yo fascinar por tanto dinero en tan poco tiempo, ¿no estaba siendo un cretino?

Lo era. De acuerdo. Y mordí el anzuelo. Pero entonces no podía prever la clase de canalla maligno que era Bayard. Para adivinarlo hubiera sido preciso tener la mente muy sucia.

Y pese a mí infancia en el hampa parisina, mi servicio militar en los comandos argelinos y mi mayoría de edad en la policía de la Criminal, hasta que me echaron, yo seguía siendo casi un ingenuo. Comparado con el famoso actor Denis Bayard, intérprete en los escenarios de la galantería arcaica y la caballería romántica.

CAPÍTULO III

Regresé al salón con él. La recepción seguía transcurriendo animadísima. Se chismorreaba al por mayor. El alcohol ayudaba. La adulación que se desencadenó me produjo lástima. Apenas entró, todos se aglutinaron en su rededor, como moscas sobre un terrón de azúcar.

Pero un observador ajeno a la comedia humana podía darse cuenta de hasta qué punto dedicaban a su ídolo un rencor profundo y tenaz. Él se percataba también. Pero sonreía sardónico, amable, desdeñoso.

Con una mujer asida a cada brazo se dirigió al bar. Todos bebieron a su recíproca salud, aunque mentalmente evocasen el infierno para el anfitrión.

No era la primera vez que yo servía de guardaespaldas a alguien, pero en esta ocasión se me antojaba que Bayard me tomaba el pelo. Parecía absurdo e irrazonable, pero era así.

Poco después, una mujer soltó del brazo a Bayard tras demostraciones de admiración ferviente y vino a mí encuentro.

Tenía todo lo necesario para entretener las largas veladas y en abundancia. Su vestido la moldeaba prietamente. Su perímetro pectoral era apabullante. Un milagro desafiando la ley de la gravedad, sin ayuda. Y sus ojazos reflejaban calidez y perversidad.

Debió leer en mis pupilas todo el efecto que me causaba. Vino a sobarme la corbata. Y pasó al abordaje directamente.

—Usted y yo debemos intimar. Me gustan los flacos, morenos y algo feos, de su tipo.

Me barrenó con una mirada incendiaria y su risita era una ardorosa caricia. Puso cara de muñeca cándida.

—Soy Leda Frisson.

—Ya me di cuenta —mentí.

Forzosamente debía ser por lo menos *starlet* o azafata íntima de multimillonarios.

—Usted es Martin, y parece ser que las capta todas. ¿Qué significa tal expresión?

—En la jerga de la profesión viene a decir que me mezclo en los

asuntos de los demás. ¿Quién se lo dijo?

Me palmoteó suavemente la mejilla mirándome con curiosidad.

—No me diga que es usted un investigador privado... Ah, ya veo.

Dejó de sobarme, soltó mi corbata y su rostro se congeló.

—¿A quién le ha encargado Denis que espíe? Aunque, lógicamente, no debemos saber para qué está usted aquí. No me esperaba, menos de un canalla como Denis. ¿Quién ansía su piel en estos momentos?

—Allí sí que me desconcierta, preciosidad. Yo no vigilo a nadie. Estoy aquí por puro placer. Hoy no llevo el collar. ¿Dónde pescó la peregrina idea de que Denis...?

—Donde recojo muchas informaciones. Tengo muchas fuentes. Pero esta vez quizá me he equivocado —y se puso a examinarme con intensidad.

Por encima, de su cabeza vi a Bayard que bebía como si acabase de pasar meses en una mina de sal. Para un sujeto al que le han aconsejado hacer un testamento, su modo de proceder era raro. Como si no tuviese nada que temer.

Hubiese tenido que profundizar en esta conducta... Pero Leda Frisson estaba manoseando otra vez mi corbata y su torso era incitante, aparte que ponía ojazos de cordera fascinada.

Su estilo era bastante agresivo:

—¿Por qué demonios no nos largamos? Podemos ir a un rincón tranquilo donde estemos confortables. Aquí me empieza a doler la cabeza.

Colocó ambas manos en sus caderas, lo que elevó al máximo de diámetro sus grandes cualidades evidentes. Susurré:

—Dame tu dirección y te telefono hacia las ocho.

—No puedo esperar hasta las ocho. Vámonos ahora mismo.

Puse en una balanza quince mil francos y en el otro platillo los tesoros anatómicos de Leda Frisson. Mis finanzas no me permitían dudar.

—Tengo que permanecer con Bayard hasta su partida. Se enfadaría si no hago lo que me pidió.

Ladeó la cara para mirar el grupo junto al bar. Por un instante, sus ojos mostraron la misma expresión asesina que los de Suzon. Y en voz baja afirmó:

—Sí, le conozco bien. Obtiene siempre lo que quiere a expensas

de los demás. Por mí parte, anhelo que no muera como quiere.

—¿Y cómo desea morir el simpático Denis?

—Muy rico y anciano. Ojalá reviente hoy. Adiós.

Como ducha y lista, lo era. Me quedé petrificado viéndola esfumarse en zigzag ondulante por entre los grupos. Era indudable que había querido hacerme abandonar la casa antes de la partida de Bayard. Lo mismo que Suzon.

¿Dónde estaba Suzon? La descubrí tras explorar visualmente aquella jungla y su fauna. Hablaba con un sujeto bastante notable, de gafas con cerco negro, aspecto aburrido y tez cerúlea como si pasase sus noches leyendo literatura de calidad.

Por lo que respecta a Bayard, la única amenaza que por el momento le acechaba era una cirrosis de hígado. Y ninguna mujer en torno a él hubiese podido disimular un arma mortal, a menos de ser tragasables. Todos podían saber lo que tenían bajo el vestido.

Fui deslizándome hacia Suzon. Me cedió algo de sitio, sonriente.

—Habrán seguramente sistemas más duros de ganarse la vida. ¿Se divierte?

—Faltan solamente las canciones. A mí que me den vino, mujeres y canciones y me las compongo bien. Claro que me divierto... Horrores. Como todo el mundo.

—Da gusto encontrar alguien con aficiones sencillas. Por cierto, por si no le conoce, le presento a Paul Dambros.

El secretario particular de la voz dulzona me tendió una mano flácida dirigiéndome una mirada frigorífica.

—Es un placer, Martin. Esperaba verle antes que se fuese, y deseo que me conceda unos minutos para una breve charla... Si la señorita Dubosc me lo permite...

Apenas se fue Suzon, Dambros manifestó:

—Hay demasiado ruido aquí. Vamos a otro sitio, y nos evitaremos tener que gritar.

—Lo haría con gran satisfacción, pero debe saber por qué Bayard me invitó a este cóctel. A menos que se trate de cosas confidenciales... que usted ignore.

—¿Qué es lo que yo, aparentemente, debería saber de confidencial? Me dijo que le telefonease, citándole, y le supuse amigo de él. Creí que deseaba despedirse de usted. Todas sus relaciones y amigos de profesión están aquí, para esto. Estará

ausente una larga temporada...

—¿Toda la concurrencia es gente del espectáculo?

—Un promedio bastante mezclado, ya que Bayard es propenso a frecuentar toda clase de personas, aunque no me permito discutir las particularidades de mi patrón. Si usted es uno de sus amigos...

—¿Yo? No, no, ya que sería un caso de minoría retenida a la unidad.

—Entonces, ¿a qué vino?

—Porque desea tener un ex policía y actualmente investigador al alcance. Además, sabe sobradamente quién soy. Tuvo que consultar el listín antes de llamarme, y consta mi profesión. ¿Creyó usted que le iba a contar la razón por la cual me ha contratado Bayard?

Me lanzó una ojeada venenosa.

—Es posible que me queje a Bayard de sus modales, Martin, ¿y sabe qué hará él?

—Sí. Se reirá de usted, porque le importan muy poco sus pequeños complejos de vejación a Bayard, cuando están dispuestos a cepillarle.

La noticia pareció sacudirle de pies a cabeza.

—Si bromea es de mal gusto... ¿Quién quisiera matar a Bayard?

—Pregunte a la inversa, ¿quién no quiere matar a Bayard? Porque por lo poco que he oído pagaría poco por su piel, si sus invitados pudieran impunemente caerle encima con botellas, sillas y hachas. Tampoco él se engaña sobre la cordialidad reinante, puesto que me contrató.

—Pero, ¿por qué no me dijo nada? ¿Por qué?... Es preciso avisar a la policía.

Se agitaba como una gallina mojada. Y al darse cuenta que su representación no me impresionaba, se puso rígido y recobró su aire altivo.

—Excúseme, pero he de tomar ciertas precauciones. Si le sucediese algo a mí patrón, no me lo perdonaría.

Se internó por entre la selecta concurrencia, y lo perdí de vista. Pero también había desaparecido otra persona.

Intencionadamente o no, Dambros había sido un instrumento que me hizo fallar en mi cometido. El bar estaba ahora menos concurrido. Discurrí a través las salas como un perdiguero que perdió el rastro. Inútilmente.

Denis Bayard había desaparecido.

CAPÍTULO IV

El pasillo que conducía al despacho seguía sombrío vacío y tranquilo. La lluvia casi había cesado. No se oía más que un tenue rumor intermitente, como si por el tejado de cristal corriesen ratones.

Antes de alcanzar la esquina del pasillo tuve la impresión de que miles de ojos acechaban todos mis movimientos.

La puerta del pasillo parecía cerrada. También la de enfrente, aunque podía abrirse cuando volviese la espalda. Recordaba el aviso telefónico referente a la Morgue y la corona de flores.

Percibí un leve chasquido como el producido por un cajón cerrándose. Había alguien dentro del despacho. Agarré suavemente la manija, girándola muy lentamente y la puerta cedió sin crujir. La sorpresa es la esencia del ataque. Entré rápidamente.

El despacho estaba vacío de toda humana presencia.

Pero no había soñado al oír el deslizamiento y el choque. La única salida era la puerta estrecha, tras la mesa entre las estanterías. La empujé sin resultado, hasta comprender que en vez de girar sobre goznes, resbalaba en corredera para ocultarse entre estanterías y pared.

Entreabré y al reflejo del despacho, vislumbré un suelo de cemento y dos coches de maravilla. Atrás una mesa con un bidón de aceite y ruedas de recambio.

Cuando la abertura fue suficiente, embestí. No pasó nada. Nadie hizo fuego. Pero me agazapé al amparo del primer coche en espera de que mi adversario tomase la primera iniciativa.

Transcurrió un largo minuto. En el suelo había un pedazo de chapa. Lo lancé por encima del coche y apenas rebotó avancé la cabeza para poder ver la reacción del enemigo.

Un error. Lo comprendí con una fracción de segundo de retraso, al recibir un solemne trompazo en la coronilla. Solamente pude ver miríadas de lucecitas multicolores, y entre el golpe más el choque algo amortiguado de mi rostro con una felpa grasienta en el suelo, tuve la sensación de ser víctima de un atropello.

Mi enemiga aprovechó la ocasión y mientras masticaba polvo

aceitoso sin fuerzas todavía para poder alzarme, la atacante huyó, invisible. Era una mujer. Todavía sé distinguir entre una loción para la caspa o la calva y una laca femenina, qué estaba de moda, «Mistigri», de Rendon.

Además si aquel golpe me lo aplica un varón legítimo, mis acreedores hubiesen heredado mis deudas a prorratio. Salí del atentado con un huevo de pajarita. Y no me hallaba en estado de perseguir a mí agresora. Primero tuve que recuperar mis plenos sentidos perceptivos.

Me limpié con estopa y coloqué en la mesa de herramientas el trozo de goma maciza que había empleado mi agresora como matraca. Regresé al despacho y cerré la corredera.

Sobre la carpeta había una hoja arrancada del bloc de Bayard, donde mi agresora le había escrito algo. No precisamente un mensaje de amor.

«Por si lo has olvidado, la tarifa del viaje a Roma es de un millón, pagadero por anticipado. Has dispuesto de una semana para sacar el dinero del Banco. Deja el maletín tras el bidón de aceite, en el garaje. Pasarán a recogerlo cuando te hayas ido. Dentro de tres meses efectuarás otro pago igual, y asunto terminado. No lo olvides. Sería una lástima. Roma es infinitamente más agradable que un presidio francés».

Empapé mi pañuelo de coñac y fui dándome masaje en la coronilla. Me senté en el sillón de Bayard para meditar. Pero los latidos de mi cabeza no me ayudaban. Solamente pude concentrarme en una idea: acompañar a Bayard al avión de «Alitalia» y esfumarme sin esperar a más novedades.

Deslicé el mensaje en mi cartera, apagué las luces y me dispuse a regresar al salón de recepción. Pero dados los últimos acontecimientos estimé prudente atisbar el pasillo antes de salir.

Estaba abriendo con suavidad, cuando oí abrirse otra puerta casi al fondo del pasillo. Una mujer salía precipitadamente. No podía distinguir sus facciones. Miraba tras ella, como asustada. Pero la reconocí por el vestido rojo y el peinado. Suzon Dubosc, la cronista de modas. Una Suzon muy asustada y tan apresurada que se olvidó de cerrar tras ella.

Llegó al ángulo y desapareció. Me dirigí hacia el cuarto que ella

acababa de abandonar.

Un cuarto amueblado como un despacho. Una mesa con tres teléfonos, cenicero, dos papeleras repletas, una máquina de escribir sin funda, un archivero metálico y un portarevistas.

Todo no lo vi al principio. Me inquietaba el sujeto instalado en una silla de alto respaldo, tras la mesa.

Al primer vistazo creí que era Denis Bayard. Los mismos rasgos faciales y aire burlón, pero mucho más joven. Como el Bayard de su primer éxito teatral. Bayard era ya adiposo y blando. Este sujeto, por el contrario, debía cuidar su forma física.

Pero me causaba otra impresión que no logré analizar al principio. Me aseguré que estaba solo, y entrando cerré la puerta tras de mí.

—Excúseme. Busco a Bayard y me dijeron que estaba aquí. Y es fácil confundirle con él, porque se parecen mucho...

Inútil. No me escuchaba. Y no me mortificó aquella falta de atención. Sentí el sudor frío resbalando por mí nuca.

Retrocedí hasta adosarme a la puerta. Había una automática sobre la mesa, cerca de su mano derecha.

Pasaron diez segundos o diez años. Era insoportable el aire sarcástico de la juvenil reproducción de Bayard.

Calculé la distancia entre la puerta y mesa. Era preferible recibir un plomo a prolongar aquella muda amenaza. Me abalancé.

De lo primero que me di cuenta es que mis piernas habían chocado contra la mesa y me incliné bruscamente. Tendidos los dedos hacia la automática.

Me hallé con el pecho sobre uno de los teléfonos, clavados mis ojos en los muy vidriosos del desconocido.

Al golpe se había volcado una papelera y su contenido revoloteaba. Él no protestó. Su mano resbaló encima de la mesa para colgar blandamente al extremo del brazo inerte. Se arrellanó más en la silla sin perder la mueca burlona de superioridad.

Sin ser estudiante de medicina, podía adivinarse la musa de su muerte. Había recibido una bala más abajo del pecho, pero la intensa hemorragia le causó la muerte instantánea. La sangre había salido a chorro por el agujero suplementario. Y no le quedaba ni gota.

Las perneras de su pantalón y el asiento estaban inundadas de

un rojo líquido gelatinoso como si se hubiese sentado en una tina de mermelada de frambuesa.

Ahora comprendí su rictus sarcástico. La repentina muerte le petrificó respaldado, apoyadas las manos en la mesa.

Me costaba absorber mi ración de oxígeno. He visto demasiados muertos al natural, desde Argelia y a través de mi primer aprendizaje de policía, como gacetillero anotador de las características de los que acostaban en las mesas de mármol.

No era aquel muerto lo que me cortaba la respiración. Yo también había recibido un golpe impresionante. Acababa de encontrar a un viejo amigo, un amigo que debería hallarse a unos quince kilómetros de allí. Y no era precisamente el momento oportuno para el encuentro.

Debían haber cientos de automáticas «Lebel», nueve corto, por todo París y sus contornos. Pero aquel, precisamente aquel, era el mío.

CAPÍTULO V

Se envejece pronto en mi profesión. Al ver mi pistola tuve la impresión de haberme vuelto idiota en segundos.

Indudablemente el truco era viejísimo, nada original y estúpido. No hubiese debido inquietarme. Pero mis razones tenía para desconfiar de la benevolencia de la policía de la Criminal, mis ex colegas.

Si hubiesen entrado en aquel mismo momento, habrían hallado una automática con un cartucho vacío, un sospechoso llamado Martin y un cadáver casi *rigor mortis*.

Se hubiesen reído hasta llorar si les hubiera declarado que lo ignoraba todo. Mucho más después de mí despedida del comisario en jefe de la Brigada Criminal.

Mencionar la visita de Suzon no era tampoco una solución. Era mi palabra contra la suya. Me estaba bien empleado por no haberle hecho caso cuando me aconsejó irme lo antes posible...

Tomé la precaución de ir a cerrar con llave la puerta y agenciarme una salida levantando a medias la ventana guillotina.

El socio de Bayard entre sus primeros objetos personales tenía una pitillera de oro con un monograma que era G. L. o L. G. También una cartera con algunos billetes y una agenda con la etiqueta de un conocidísimo club clandestino de juego.

Una carta del Banco de Lyon avisando al señor Giles Lambert que su cuenta estaba en descubierto. Un permiso de conductor también a nombre de Giles Lambert, 91, Bd. Frigourg, París, distrito 9. En su agenda había anotaciones alusivas a ganancias y pérdidas de partidas de póquer. Y una frase abreviada: «Llamar Rimiere después 14 horas a ODE-19.054». Las demás páginas todas en blanco.

Pero al ir devolviéndole sus pertenencias noté algo que susurraba en el fondo del bolsillo de su americana. Tuve que deslizarme tras el cadáver y pasar el brazo delante su pecho para poder hurgar. Muy desagradable. Leer la correspondencia de un difunto ya es molesto, pero abrazarlo cuando todavía tiene algo de tibieza, es profundamente horripilante.

Pero valía la pena. Extraje un sobre con un nombre y una dirección a máquina por un lado y varias líneas a lápiz por el otro. Leí:

«Amigo Giles: Denis Bayard ha citado a un ex polizonte llamado Martin. Es la clase de fulano que mete las narices donde no le conviene.

En mi opinión, debimos cepillarle hace tiempo Te aconsejo que te largues. Tratamos de avisar te pero no estabas. Te deslizo esto bajo la puerta para que lo leas cuando vuelvas. Si Martin te causa problemas, ya sabes dónde hallar ayuda. Me ocuparé de él definitivamente.

»Edgak».

Un mensaje claro y rotundo. Con olor a epitafio para mí. ¿Qué diría ahora Edgar al enterarse de tan triste acontecimiento? Pero sobre todo, ¿qué haría? No era hombre dispuesto a resignarse y mi horizonte se ennegrecía todavía más. Nunca me creería.

Edgar era conocido a su modo. Dirigía el club de juego y juerga, de donde procedía la agenda de Giles Lambert, el difunto. Un negocio muy productivo, pero no le bastaba a Edgar Montfort. Su apellido constaba en el dorso del sobre.

Su apellido resonó a raíz de cierta investigación sobre corrupción de media camarilla política. En la indagatoria no se habló de Edgar Montfort. Se había cubierto. Echó a los lobos a algún testafarro suyo, y soltó bastante dinero. Quedó libre y totalmente fuera de culpas. Sabía protegerse hasta contra las altas investigaciones.

Pero ¿y yo cómo iba a protegerme contra él? Primero debía librarme de la automática que mató a Giles Lamber. No la podía dejar ni llevármela encima.

Un arma de fuego posee un número de serie que se anota en la licencia del dueño. La policía trataría de indagar quién, entre los invitados, llevaba arma de fuego. Sacarían la bala del cuerpo del pobre Giles. Hallarían calibres y marca. «¿No posees una «Lebel» nueve corto, Martin? ¿Qué hiciste con ella? Si ya no la tienes ¿por qué no denunciaste su desaparición?»

La situación era peliaguda. Si no podía mostrar mi herramienta cuando me la pidiesen, iba listo. Si la entregaba, la sección de

balística la reconocería inmediatamente como arma del crimen.

Por consiguiente no podía ni dejarla, ni llevármela, ni tirarla al río.

La envolví en pañuelo de Lambert, la guardé en el bolsillo y me deslicé por la ventana. Llegué a la entrada principal sin ser visto.

El «Break Citró» baqueteado se había ido, pero los demás coches continuaban aparcados. Hice una entrada discreta, atravesando el vestíbulo hasta penetrar por el corredor de la derecha, en cuyo Anal se oía cantar a una mujer entre un jazz de cacerolas y platos.

La cocinera preparándole la cena a Bayard.

El lugar que yo buscaba se hallaba a dos puertas de distancia. En unos segundos pude camuflar la automática tras el tubo de la calefacción.

La cocinera seguía cantando cuando yo salí. Nada menos que el agudo lamento de *Ma Vie*...

Llegué nuevamente al principio del pasillo. Dando media vuelta pisé sin precauciones y llamé:

—¿No hay nadie aquí?

La cantante se calló y asomó. Angulosa, rostro flaco y teñida.

—Lamento molestarla... ¿Ha visto al señor Bayard? Lo estoy buscando, pero nadie sabe decirme dónde está.

Se limpió ella la harina de los antebrazos y gritó:

—¡Roussel! Un señor pregunta... Ah... Preguntan por el señor Bayard.

Roussel era el tipo que me recibió a mí llegada. Al verme ostentó una tenue sonrisa lúgubre.

—¿El señor Bayard? Precisamente acabo de separarme de su lado... En realidad me habló en el vestíbulo. Iba hacia su despacho, creo. ¿Fue allá usted?

—¿Cuánto tiempo hace?

—Tres o cuatro minutos a lo sumo. Lo que no comprendo es cómo pudo dejar de verle, señor, ya que para venir aquí le era preciso pasar por el vestíbulo.

—Con la multitud que hay en la casa... Gracias. Voy al encuentro del señor Bayard.

—Muy bien, señor. ¿Sería el señor tan amable como para comunicarle que sus maletas están listas y que todo lo que se lleva se encuentra ya en el coche?

—De acuerdo. ¿Va también a Roma?

—Naturalmente, señor. Siempre le he acompañado allá donde fuese.

—Bien... Le daré su encargo a su patrón.

—Gracias, señor. Muy amable por su parte.

Pasillo adelante percibí sus pupilas taladrándome la espalda.

No tuve que ir muy lejos para encontrar a Bayard En el dintel del salón despedía a sus invitados. La escena era conmovedora.

—Gracias por esta encantadora recepción...

—No olvide escribirnos...

—Te deseo un buen viaje...

Desfilaban ante él, le apretujaban calurosamente la mano, le palmoteaban el hombro o la mejilla según el sexo de quien se tratase, y salían apresuradamente.

Marysa, la célebre *prima donna* que debía poseer mucho fuelle y llevaba un vestido sin hombreras, deseaba hacer su número, ya que había periodistas presente:

Besó a Bayard y emitió un trémolo agudo:

—¡Adorado muchacho! Vuelve pronto, querido...

Luego, ruidos de motor, portezuelas restallando y neumáticos triturando la gravilla. El último invitado alejándose y todo adquirió una extraña calma y quietud.

En el salón ahumado solamente se oía el ruido de los vasos que el filipino iba recogiendo.

Quedábamos Bayard, Dambros, Lorrain y yo. Y el muerto.

—Su ayuda de cámara me dijo que su equipaje está listo. Todo está en el coche.

Me miraron como si les importunase en sus pensamientos. Bayard se frotaba la mejilla para quitar el colorete labial de la tiple y gruñó:

—¡Esta loca estúpida! Si supiera hasta qué punto la aborrezco... ¿Dónde vio a Roussel?

—En la cocina. Llegué hasta allá buscándole a usted.

Bayard le echó una ojeada furiosa a Dambros:

—¿Desapareció la porquería?

—No del todo. Si me permite...

Extrajo el secretario su pañuelo y se dedicó a borrar los rastros que quedaban. Sudaba y sus manos temblaban. Pese al aplomo de

su voz daba la impresión de estar rebosando alcohol.

Bayard retrocedió la cara y empujó con irritación a Dambros:

—¡No debería beber tanto, Dambros! Apesta, literalmente. Apesta.

Se volvió hacia Fausto Lorrain lanzándole una mirada furiosa:

—¿Tienes que hablarme o esperas que vuelva a llover para irte?

Lorrain silbaba entre dientes y no pareció molestarse en absoluto.

—Espero a Dambros. Es él quien tiene sus pasajes de avión en el despacho.

—¡Pues vete tú a buscarlos!

—No puedo. La puerta está cerrada.

Su voz no demostraba la menor contrariedad. Actuaba como si estuviera acostumbrado al estilo de Bayard. En cambio, la reacción de Dambros valía la pena presenciarse. Lanzó un gemido como si le hubiesen golpeado y dilató los ojos tras las gafas:

—Se equivoca, Lorrain. Esa puerta nunca está cerrada. ¿Lo ignora usted después de tanto tiempo en la casa? Cualquier objeto de valor se guarda en el despacho del señor...

—¡Habla demasiado, Dambros! —atajó Bayard—. Posible o no, aquella puerta está cerrada y nada más. ¡Vaya majadería! ¿Qué digo en el aeropuerto? ¿Qué mi imbécil de secretario particular se encierra él mismo fuera de su despacho? Dele su llave a Lorrain y dígle a la cocinera que Martin cena con nosotros.

—Pero... no tengo llave, señor Bayard. La única que existe está...

Estalló Bayard:

—¡Me importa un rábano todo! Si la puerta está cerrada, ábrala, revientela... ¿Es que ni siquiera sabe abrir una puerta como sea, calamidad?

Pensé que, cada cual con su manía: tal vez Bayard cosechaba odios y rencores como los indios coleccionaban cabelleras. Era asunto suyo.

Lo cierto era que a Dambros lo único que parecía preocuparle era aquella puerta inexplicablemente cerrada ¿Trataba de explicarse cómo era posible que un muerto cerrase luego la puerta con llave por dentro?

Salió tras los tacones de Lorrain, meditando el problema.

Bayard me preguntó:

—¿Por qué no se quedó vigilándome en vez de ir a charlar con Roussel? Parece olvidar que mi vida está amenazada.

—Trabajo a mí modo. Si no le gusta, dígalo. Todavía no he gastado un céntimo de sus francos. Una sola palabrea y rompemos el contrato.

Me contempló como si me viese por vez primera.

—Compruebo que está usted muy extraño hoy. Independencia de carácter y menosprecio al dinero. Pero ¿y si su método no es bueno?

—Por el momento no tiene motivos de queja. Está vivo.

—Dando por cierto que le pago generosamente, ¿aceptará quizá explicarme qué quería de Roussel?

—Si me hubiese escuchado ya lo sabría. Le buscaba. Por cierto también, ¿dónde estaba usted y por qué no dijo dónde iba?

Cogió un cigarrillo de una pitillera de cuero repujado y me lo tendió. Pitillos muy largos con sus iniciales en vez de la marca.

—Me encontré sin tabaco y no puedo fumar de otra clase. Tengo la garganta frágil. ¿Quiere uno?

—No, gracias. No solamente le gustan los cigarrillos lujosos. Conocí a Leda Frisson. Una preciosidad de criatura con unas formas estupendas. No parece tenerle simpatía.

—Cuando Leda bebe una copa de más, y le basta con la primera, ya no sabe ni lo que se dice. En estado normal tampoco. Es inútil tomarla en serio.

—Si no comprendo mal, tampoco la tomó usted en serio... luego. Se endurecieron sus ojos. Pero sonrió poco después.

—¿Acaso le interesa Leda?

—Si realiza sus deseos, sí. Uno de ellos se parece mucho a la llamada que recibió usted esta mañana.

—¿Sabe usted algo preciso o hablaba ella por hablar?

—Probablemente esto último, pero usted la conoce mejor que yo. Y debe saber de sobras de lo que es capaz una mujer del estilo de Leda Frisson si la engañan...

La puerta se abrió entrando Dambros. Le seguía Lorrain con su peculiar bamboleo de mini-matón. No parecían tener prisa en hablar.

Paul Dambros ya no estaba pálido, sino calizo y deshecho de emoción. Interpeló Bayard impaciente:

—¿Y bien...? ¿Estaba cerrada la puerta?

Los dos le miraban fijamente. Con estupor, Dambros, que murmuró:

—No sé realmente cómo anunciarle que ha ocurrido algo de muy...

—¡Un minuto! Extravió los pasajes, ¿verdad? Y ahora me contará una historia triste y llorosa... Que los dejó en el despacho, que Fausto puede atestiguarlo, y que han desaparecido...

Crispados los puños, el gran actor temblaba de rabia contenida:

—¡Es la última vez que me embrolla así las cosas más sencillas, Dambros! ¿Se entera? Ya se me acabó la paciencia. ¡Los dos despedidos! ¡Y largo antes que les eche a patadas! ¡Fuera, salgan!

Se le truncó la voz y seguía temblando como un epiléptico. Las célebres cóleras de Hitler debían ser rabieta de consentido, comparadas con los accesos de Bayard.

Fue Fausto Lorrain el que restableció el equilibrio silbando primero y anunciando luego:

—Antes de despedir a nadie, valdría más que escuchase. En primer lugar hay que devolver los pasajes de avión. No le servirán. Por lo menos no esta noche.

Bayard se acercó a Fausto y lo asió por las solapas.

—¿Qué ha pasado? ¿Y desde cuándo das tú órdenes aquí?

Fríamente impasible replicó Fausto:

—Vale más que se vaya acostumbrando. Hay un cadáver sentado en el sillón de Paul y no murió de un ataque al corazón.

—¿Qué pretendes decirme? ¿Qué han asesinado a alguien?

—Eso parece, a menos que se haya hecho el harakiri antes de tragarse el cuchillo.

—¿Quién es? ¿Le conozco?

—Y tanto...

La gélida mirada redonda de Fausto subió de las manos de Bayard a su rostro convulso:

—Deje ya de arrugarme la chaqueta... Gracias. Supongo que conoce al sujeto que le dobla las escenas peligrosas, un tal Lambert. Es él.

En el silencio que siguió, Fausto fue el primero en mirarme. Después Paul y el filipino. Por último, Bayard se volvió para contemplarme.

En tono banal preguntó Bayard por encima del hombro:

—¿Cómo habéis entrado en el despacho? Esta es la pregunta que os hará la policía. Y la respuesta le interesa también a Martin.

Explicó Fausto:

—La descerrajamos. La llave estaba en el interior. El que se cargó a Lambert debió escapar por la ventana llevándose el cuchillo, para no dejar indicios.

Fausto Lorrain había mencionado un cuchillo por dos veces. Me intrigaba. Sin haber estado en el cuartel, podía ser capaz de distinguir un orificio de balazo de una brecha de puñalada. Además, nadie le preguntó por el arma.

Bayard tenía aspecto de reírse por dentro, muy satisfecho. Como si la idea de que se hubiesen cargado a su doble le pareciese el colmo de lo divertido. A menos que...

Me empezó a zumbar rápido el cerebelo. Supongamos que su relato del telefonazo y la amenaza era puro cuento. Sentada la premisa, veamos lo que da de sí. Bayard quiere liquidar a Lambert y no quiere pasar una madrugada bajo el filo de guillotín...

Prepara su historieta, contrata a tarifa exorbitante unas horas de un tal Martin y sabiendo que Martin no llevará una automática en un cóctel distinguido, la toma prestada, invita a Lambert a que acuda por la puerta posterior y... mata dos pájaros de un tiro.

Una teoría tan buena como otra. ¿Móvil? Bayard quería probablemente escapar a un chantaje. Se comprende su aire satisfecho. Había dado fin a una pesadilla que le podía convertir en pobre de solemnidad.

Sin quitarme la vista de encima, decretó Bayard:

—Que nadie vaya al despacho. Llama a la policía... Fausto. Emplea el teléfono de mi habitación. Y regresa... ¡Ah! Un momento, aprovecha para avisar a la productora. Me veo retenido en París por un par de días. Sin dar detalles. No digas más, ¿comprendido?

—Perfectamente comprendido.

Y Fausto pasó delante de mí silbando entre dientes, alejándose en un contoneo aplomado sobre sus piernas cortas y sólidas.

Paul bebía en el bar. Al gollete. El filipino sorbía un jugo.

Bayard habló en voz baja para mí únicamente:

—Lambert ha desempeñado magníficamente su papel de doble, ¿no le parece? Pero usted y yo sabemos que el cuchillo me estaba

destinado. Como protección no ha servido para nada, Martin. La próxima vez no habrá un Lambert para ocupar mi sitio. Muévase un poco, ¿quiere?

—Con despedirme y devolverle yo su dinero, asunto terminado, Bayard.

—Ya es tarde ahora. Mucho más tarde de lo que se figura. Y espero que estará dispuesto a contestar todas las preguntas de la policía.

CAPÍTULO VI

El forense palpaba el pulso inexistente de Giles Lambert y comprobaba la rigidez cadavérica. Sondeó la herida con una varilla de cristal, empujó el cuerpo hacia adelante y alzándole la camisa examinó la espalda. Diagnosticó:

—La bala está alojada en la espina dorsal. La tendremos limpia después de la autopsia.

El inspector Norval preguntó:

—¿Hace tiempo que murió?

—Una o dos horas. La sangre apenas ha coagulado. A primera vista —y el forense echó un vistazo a su reloj a la vez que limpiaba la sonda en la camisa del muerto— la defunción fue instantánea.

—¿Estaba sentado en este sillón?

—Es posible, pero no lo aseguro. Depende de un montón de menudencias... La estatura del asesino, la posición del arma y su propia posición en el momento del disparo. Afirmando que se hallaba a varios metros del asesino cuando este disparó. De lo contrario, la bala le habría atravesado de parte a parte si estimé acertadamente el calibre. Pero de todos modos lo de siempre, firmaré y con rúbrica, después de la autopsia.

Nos dedicó una ojeada impersonal como si fuéramos muestras anatómicas en una vitrina, y tras gruñir una despedida, abandonó el despacho.

Cuando se hubo marchado, los que nos encontrábamos en el lugar del crimen, permanecimos inmóviles menos el policía arrodillado tras la puerta, echando talco en la manija y cerrojo.

El inspector Norval miraba los papeles esparcidos entorno a Giles, el muerto. Era un corso taciturno, con ojos sesgados, crueles, por mucha blandura que les inyectase cuando se lo proponía. Nada de fiar el peligroso inspector corso Norval, Melchior por nombre de pila que mantenía en riguroso incógnito si podía.

Me pregunté si sus dientes resplandecientes los debía a la naturaleza, o eran producto de un dentista. Era difícil determinarlo porque hablaba poco y moviendo apenas los labios. Yo conocía a casi todos los muchachos de la Homicidios o BIG, menos al corso

Norval. De oídas, sí. Unos juraban que era un chinche venenoso. Otros, que era un malva. Los primeros eran maleantes. Los otros las víctimas.

Bayard, Fausto y Paul se habían agrupado en una esquina para formar un bloque. Me mantenían a distancia como si tuviese lepra. Lo cual me reventaba porque Norval atisbaba ya dos campos en Las Mimosas. El terceto de los honorables y el solitario lobo.

Norval debió cansarse de la compañía de Giles. Le volvió la espalda, y nos fue tomando la medida cuidadosamente.

—¿Alguno conocía a la víctima?

Denis Bayard se aclaró la garganta.

—Yo le conocía, inspector, superficialmente. Era y excúseme, un actorzuelo de segunda categoría. Se llamaba Giles Lambert.

—Gracias —y Norval se manoseó el lóbulo de la oreja—. Aquí no les resultará agradable responder al interrogatorio. Podríamos pasar a otra sala.

—Encantado. Confieso que la presencia de este desagraciado... —y sin terminar la condolencia, Bayard salió.

Le seguimos a su propio despacho. Todos nos sentamos, menos Norval que permaneció en pie junto a la ventana, separadas las piernas y hundidas las manos en los bolsillos.

Denegó copa y tabaco con un simple comentario:

—Gracias. Abandoné estos vicios comunes. Y ahora dígame, Bayard, lo que podía hacer Lambert en aquel despacho.

—No tengo la menor idea.

—¿No estaba invitado esta tarde? Ya veo... Según usted, ¿qué hacía en esta casa?

—Confieso que su presencia me habría sorprendido. No le habría echado fuera, claro... La productora para la cual voy a actuar en Roma me propuso tomarlo como «stand-in». ¿Conoce la expresión, inspector? En realidad es un tecnicismo que significa «doble»...

—Gracias. Prosiga.

—Últimamente tuve una pequeña entrevista con Lambert. Su parecido conmigo era extraordinario. Pero no me satisfacía como persona. Se lo dije. Le expliqué que me habían hablado de él y que no le creía capaz de trabajar decentemente.

—Mala reputación, ¿eh?

—Deplorable. Se relacionaba con gente horrible, y no tenía

escrúpulos en lo tocante a ganar dinero. Nada de criminal, que yo sepa, pero... ya sabe usted lo que la gente puede llegar a chismorrear.

—Precise, porque me gustaría saber exactamente cuáles eran sus relaciones deshonestas. No puedo contentarme con vagas alusiones. Y estoy seguro de que desea ayudarme.

—¡Cierto que sí, inspector! Pero terno no poderle ser útil. No conozco a ninguna amistad de Lambert. Tal vez sea injusto, pero le juzgué según lo que me contaron de él. Ya conoce el, viejo refrán o proverbio: no hay humo sin fuego. En mi posición no puedo asociarme a cualquiera.

—No me ofrece nada sólido en resumen. Ningún nombre, ni detalles que conduzcan a algo práctico. Solo rumores y un refrán.

Norval era de la escuela moderna. Seco, talentudo, y disimulaba la ironía bajo su máscara severa, indiferente. Y no trataba al testigo de embustero. Esperaba a poder demostrarlo.

Paul Dambros parecía sentarse sobre cardos borriqueros. A ratos se secaba el rostro, pese al fuego apagado. Cuando se dio cuenta que Norval le miraba se esforzó en dominarse. Y me miró a mí. Como para señalarme a la atención personal del inspector.

Agregaba Bayard:

—Es todo cuanto sé de Lambert, inspector. No ignoro que es poco, pero quizá pueda interesarle conocer otro aspecto de este caso. ¿Puedo sugerir una hipótesis referente a su muerte?

—Es mejor que nada. ¿Cuál es?

—Quiero insinuar que es posible que Lambert fue asesinado por error. Se me parecía enormemente, ¿no es verdad?

Tenía el sentido de las situaciones dramáticas como buen actor que era. Y la vanidad de olvidar que los años le habían erosionado.

Pero intervino bruscamente Fausto para puntualizar:

—Escuche... Cuando se conoce a Bayard no se puede cometer un error tan garrafal, a menos que sea a oscuras. El tipo podía parecersele, pero...

—Ya le escucharé cuando le toque su turno. Por el momento me gustaría oír el resto de su teoría, Bayard.

—Fui amenazado no más tarde que esta misma mañana. Me dijeron que no saldría de París con vida. Cuando vi lo que había sucedido... comprendí que no era una broma pesada.

—Para el muerto en todo caso lo ha sido. O sea que ¿no se tomó en serio la amenaza?

—No. ¿No habría usted hecho lo mismo en mi lugar?

—Lo que quiero que haga usted es no contestar con interrogantes a mis preguntas. Conteste sí o no, para ganar tiempo. Puede añadir comentarios si sirven a la indagatoria previa. Al recibir las amenazas, ¿avisó a la policía?

—No me pareció necesario. Tenía mucho trabajo preparando mi viaje, y no quería soportar interrogatorios que me parecieron inútiles.

—Resumiendo, olvidó su deber de ciudadano. Nos pagan para interrogar a ser posible antes, no después. Indagando antes, a veces se evitan muertes ajenas, señor Bayard. En todo caso, compruebo que tomó ciertas precauciones —y Norvalladeó el perfil hacia mí.

—En efecto. Contraté a Martin para protegerme.

Norval giró como un musculoso berbiquí, escrutándome antes de comentar:

—Me estaba yo preguntando dónde había oído su apellido. El inspector Goret me ha hablado mucho de usted, Martin. Le conoce como a un hermano, por lo que pude captar.

—Si Goret fuese mi hermano usted tendría que pagar para verme. Estaría en una jaula del zoo de Vincennes.

Norval sonrió siniestramente, relucientes los ojos:

—¿En qué sección, Martin?

—La de orangutanes con malas ideas.

—Bien, bien... O sea que usted es Martin Martin, alias «Bis». El inspector Goret, entre otras cosas, me habló de su propensión al matonismo... Si no es mucha molestia, Bayard, llévese a sus acompañantes a otra sala. Quisiera charlar un poco con Martin. Ya iré a buscarles cuando termine.

Los tres salieron con gran placer. Apenas se fueron, me ofrecí un pitillo con las iniciales de mi anfitrión, Norval me contemplaba como un gato montés refocilándose con el ratón atrevido.

—Sin rodeos, Martin. Sabe lo que necesito. Lo quiero. Coopere y no será necesario discutir.

—¿Discutir sobre qué?

—Sobre nuestro querido Giles. ¿Quién lo mató, Martin?

—Quisiera poder contestar, pero como estoy bajo la tácita

promesa de ser sincero, le confieso que no sé nada de nada.

—¿Seguro que no oculta alguna cosa?

—Segurísimo. Me tienen muy sin cuidado todos los que estaban aquí esta tarde. ¿Por qué diablos iba a cubrir a alguien?

—Por una razón muy buena. Dinero. Ya le habrá sucedido, ¿no?

—¿El qué?

—Cobrar por callar.

—Si se trata de un comentario vago, en tal se queda En suposición. ¿O acaso es una acusación directa?

Suspirando, Norval se frotó las manos, y aunque su ojeada me taladraba el cráneo, esbozó una tenue sonrisa para devolverme la confianza.

—¿Dónde estaba cuando Giles se hizo suprimir?

—Allí mismo, detrás de usted. La puerta abre sobre un garaje con dos coches despampanantes. Y me encontraba precisamente en el garaje cuando Giles pasó a mejor mundo.

—¿Estaba usted solo?

—Desgraciadamente, no. Una historia triste... ¿Le interesa? Gracias. Ahí va: Debían ser las cuatro treinta cuando perdí de vista al patrón. Fui en su búsqueda y rescate. Entré aquí. Al abrir la puerta alguien huyó furtiva y velozmente. Me pareció escamante la cosa y le perseguí. Ya adivina la continuación.

Cruzando los brazos, denegó Norval con la cabeza Una cabeza de felino receloso acechando el resbalón de la lagartija.

—Prosiga con la continuación, Martin. Por lo menos, su historia, si no muy original, es preciosa.

—La segunda parte es todavía, menos original y no es nada bella. Tan pronto entré, alguien me tumbó con un tubo de caucho y me dejó k. o. Cuando supe quién era yo y dónde estaba, me hallaba solo nuevamente. Fui por la alameda lateral, pero no había nadie. Entré en la casa por el vestíbulo para preguntarle a Roussel.

—¿Roussel?

—El ayuda de cámara personal de Bayard. Me informó que se hallaba en la sala grande. En efecto, los invitados empezaban a desfilar. No pude, por lo tanto, ver cuál de ellos tenía la ropa mojada por la lluvia.

—¿Cuál lluvia?

—La que caía por la alameda lateral.

—¿Bayard le dijo dónde había ido?

—A llenar su pitillera. Fuma una marca suya especial. Lo creí. ¿Por qué iba a querer librarse de su guardaespaldas? Y además su traje no estaba húmedo.

El viento hizo restallar la lluvia contra los cristales y aulló en la chimenea. Las pavesas se desmoronaron sin ruido y las cenizas formaban un surtidor gris en espirales.

Norval dijo de pronto:

—Demuestre lo que acaba de contarme.

Bajé la cabeza, apartando mis cabellos para mostrarle mi magulladura. Inclinandose, miró y dijo:

—Tendría que cuidarse de hacer algo para curarse.

—Es mi intención. Aguarde a que le meta mano al marrano que me dio el porrazo. Lo lamentará. Falta hallarlo, y eso es lo difícil.

Norval me contempló mientras me alisaba la cabellera. Le brindé la pipa de paz:

—¿Está complacido? He jugado con cartas boca arriba. No ha de creermelo ni que me haya pasado al otro lado de la barrera.

—¿Por qué iba usted a pasarse, hombre? —me preguntó cándidamente.

—Le consta. Se lo diría Goret. Y después de todo, usted no es Goret, y si a este lo tengo atravesado, no me pasa igual con los demás policías.

—Me hace feliz oírle.

Inspeccionó sus uñas y agregó suavemente:

—Proclamó usted su ansiedad por enriquecerse como «gangster» en plena comisaría, Martin.

—Será la versión del orangután de Goret. Pregúnteme la mía.

—Preguntado.

—El comisario Leclerc me recriminó mi falta de entusiasmo en mi cometido de agente patrullero. Yo estaba fatigado, con sueño, y contesté poco diplomáticamente. Me sermoné sobre si debido a mi actitud, moriría descontento de mí mismo. Dije que no se puede elegir el modo de vivir, pero sí el de morir. Y que para mí era un hombre libre e independiente aquel que podía decirse cada mañana al afeitarse: «Muere como quieras».

—¿Eso es todo?

—Añadí que prefería morir como un «gangster».

—Caramba... ¿Y está ya en camino de ello, Martin?

—“Ni mucho menos. Soy guardaespaldas, inspector, no lo olvide.

—Déjeme comprender la honda filosofía de su afirmación ante el comisario Leclerc... Renuncio. ¿Puede aclarármelo?

—Gracias a la televisión y el cine, a la ciudadanía normal y poco meditativa, me resultan más simpáticos los «gangsters» que los policías. Recuerde que yo por entonces era policía...

—Sí, y al parecer con porvenir. Prosiga ex colega.

—Aunque los «gangsters» sean canallas los presentan como prodigios de valor y simpatía. A nosotros...

Bueno, a ustedes, como aguafiestas antipáticos. Y aquella noche yo estaba furioso con la vida. Vale quien gana dinero como sea. Por esto declararé que presentaba mi dimisión. Eso es todo.

—Falta algo. Intervino el inspector Goret, tengo entendido, con gran diplomacia.

—¡Enorme diplomacia la suya! Me agarró por un codo, llamándome cínico, sinvergüenza, deshonor de la corporación, chulo infecto y otras lindezas. Le estampé un directo en el hocico. Y me echaron de mala manera.

—Me hace feliz oírlo. Bien... El reciente pasado se extinguió, y volvemos al presente. Bayard tal vez acierte. Si Giles fue asesinado por error, se abren nuevas perspectivas. Su pasado, el de Giles, ya carece de toda importancia. Se entremetió en la trayectoria de una bala destinada a otro. Eso es todo. Pero hay una duda... ¿Cree usted que las amenazas eran verídicas?

—Bayard es el único que puede saberlo. Yo, personalmente, no pienso discutir con mi mina de oro.

Estrujé por fuera el bolsillo interior de mi chaqueta haciéndole entrever el fajo de billetes.

—Bayard, el buen Denis, aflojó con generosidad nada más que para que le cubriese las espaldas. No debo separarme de él hasta que coja el avión para Roma. Este dinero me demuestra que la amenaza era real. No iba a soltar diez mil francos fuertes solamente por el placer de mi compañía durante unas horas.

—Diez mil... Santas palabras mayores... Vale caro por hora, Martin.

—Denis prefiere pagarme caro y ahorrarse un mausoleo de

mármol.

—Le faltó poco para ocuparlo. Cuestión de error de perspectiva. La bala le tocó a otro. Mientras que usted se pegaba con sus fantasmas, a él le pudieron apiolar. ¿Vio a alguien por el pasillo?

—No cesé de echar vistazos a mí espalda, pero no vi a nadie. La puerta del despacho estaba cerrada.

—Y las habitaciones están insonorizadas. Por lo menos los despachos. Era imposible oír el disparo. Veo tres posibilidades en este caso: primera, Giles Lambert fue asesinado en lugar de Denis Bayard. Segunda, estaba aquí con una finalidad concreta y alguien le ajustó las cuentas definitivamente. Tercera, las dos hipótesis son falsas y sigo navegando. De todos modos, Denis no cogerá el avión esta noche. Tendrá que quedarse para declarar. Pero esto no le concierne a usted, y al amanecer quedará desligado de todo.

—Mi cliente no puede partir, de acuerdo. Pero yo cumplo mis compromisos y sigo a su servicio hasta que vuele rumbo a Roma... A menos que me despida.

—O que le pase a él lo mismo que a Giles.

Y Norval me gratificó con una de sus miradas medio indulgentes medio malignas. Era un buen policía. Tenía lo principal: sabía imprimir a su mente el tortuoso talento de un criminal inteligente.

Se dirigió a la puerta entre las estanterías y repicó en ella:

—¿Cómo se abre esto?

—Esto se abre de derecha a izquierda, sobre rodillos invisibles.

—Me pregunto por qué no tiene manija. Solo un agujero de cerradura.

Franqueó el dintel y le escuché ir y venir por el garaje. Resonaban sus pasos multiplicándose en el profundo silencio. Al fondo se abrió la puerta... Los pasos se alejaron.

Ya no oí más que el ruido de la lluvia y el gemido del viento.

El sobre de Edgar Montfort me quemaba el bolsillo. Sí, como era de esperar, se le ocurría a Norval registrarme, sumaría dos y dos. Sacaría veinte. Veinte años de presidio para mí por asesinato.

Ningún abogado me serviría ante el encadenamiento de detalles. Mi automática. El mensaje advirtiéndome a la víctima que desconfiara de mí. Papeles esparcidos como si hubiese habido lucha. El jurado no pediría más pruebas.

Sería inútil que el defensor invocase la legítima defensa. Giles ni

siquiera llevaba armas. Había sido un repelente chantajista. Posible. Pero esto no me autorizaba a matarle. La ley es más bien quisquillosa en este punto y para, ella un asesinato es un homicidio, aunque se trate de aplastar una cucaracha.

Si Norval me registraba y me encontraba el sobre escrito, hasta podía yo correr el riesgo de un corte en seco con hoja guillotín. Ex comando indisciplinado, ex policía rebelde proclamando su afán de morir como un «gangster»... Iba aviado.

Destruir una pieza de convicción en un caso de homicidio no me gustaba. No era indicio de conciencia tranquila. Pero yo estaba copado. Algunos, a esto, le llaman dilema.

Me acucillé ante el hogar y apliqué fuego a la carta de Montfort.

Se inflamó de golpe enrollándose en cucurucho negro. Desmenucé los fragmentos con ayuda del atizador, esparciendo las cenizas entre las restantes.

Destruida la prueba más importante, venía a ser como un juego a cara o cruz. Para mí salvación o para mí perdición.

Para mí perdición.

A mi espalda preguntó Normal:

—¿Tiene usted frío, Martin Bis?

CAPÍTULO VII

No cabía el beneficio de la duda. Me había pillado con las manos en la masa. Yo que me jactaba de tener una pisada silenciosa, me pasmó la de Norval. Un verdadero gato. ¿O tigre?

Era incomprensible cómo podía haber atravesado el garaje sin el menor ruido. En todo caso lo había logrado.

Incorporándome y dando media vuelta, sentí algo parecido a frío. Las pupilas de Norval destilaban hambre y sed de justicia.

—¿Puede decirme lo que estaba quemando mientras me suponía lejos?

—Una carta ofreciéndome ser inspector en Brazaville. La he destruido para no sucumbir a la tentación de aceptar. El clima de todos los Congos, es decir, el africano, no me sienta bien.

—Gracioso, muy gracioso...

Su hombro bajó. En «flash», su puño brotó de su bolsillo y me asestó el derechazo más fulgurante que nunca vi. Se me antojó que me había estallado la cabeza.

El rostro de Norval me aparecía todo deformado, como si lo mirase por el otro lente de un telescopio. Se acercaba, se alejaba, cambiaba de formas. Exactamente como en los espejos deformantes de las ferias.

Momentos después cesó toda aquella ondulación. Sentí su resuello sobre mi cara. Me cogió de la corbata pensé que me iba a estrangular y traté de mantenerme sentado sobre el suelo.

De muy lejos le hablarme:

—Esto te enseñará a no burlarte de un polizone en el ejercicio de sus funciones. Soy un funcionario vulgar y tengo prisa por volver a mí casa. Tengo esposa y críos que esperan, ¿sabes? Bebe esto.

Era coñac y del bueno. Mientras deglutía se me aclararon las ideas. Una principalmente, dominó. Un deseo salvaje de destripar al inspector Melchior Norval.

Al levantarme decidí jugarme el todo por el todo. Medio atontado o no, tendría la suficiente fuerza para demostrarle a aquel matón con chapa...

Pero me habría sido preciso primero poder sostenerme sobre las

piernas. Cuando Norval me soltó, cedieron mis piernas y me encontré nuevamente con la nariz en la alfombra. Me dejó entregado a mis devociones y sentóse en la esquina de la mesa. Tuve tiempo sobrado de meditar.

Cuando logré levantarme, algo de buen sentido me había vuelto. No era cuestión, dado mi estado, de provocar a un tipo con un rechazazo tan fulminante. Todavía me hacían gorgoritos las orejas.

En tono banal decretaba Norval:

—Obstrucción a la policía en el ejercicio de sus funciones: dos días de celda. Complicidad en un caso criminal... Eso ya sube más. ¿Qué estabas quemando cuando entré?

Me froté la hinchazón de la mandíbula y aunque con dificultad, pronuncié claramente:

—Añada... «por favor», y tal vez conteste.

Levantándose, sopló en sus nudillos acercándose:

—No eres muy listo tú. Vamos a por la lección segunda.

Hizo nuevamente el gesto del hombro y su codo retrocedió:

—Te ayudaré a hablar bien, aunque no me agrade zumbar...

Normalmente hubiese bloqueado su puño para contratacar. Pero no estaba en forma. Además no es aconsejable zumbarle a un inspector.

Pero se creyó demasiado superior y esto le hizo cometer un error. En una pelea somos dos, y el otro puede siempre hacer algo. Lo que intenté no era muy leal.

Norval, para darse más impulso, reclinó todo su peso en el pie izquierdo. Me dejé caer sobre una rodilla, le cogí la muñeca y estiré con fuerza. Describió un vuela planeado magistral por encima de mi espalda.

Llevado de su propio impulso se elevó como un aspirante a trapealista volador, dio la gran voltereta y aterrizó sobre la alfombra con un ruido espantoso. Pensé que se habría roto algo.

Debo confesar que supo tomar contacto con el suelo A base de entablarlo primero con las suelas, flexionar rodar sobre sí mismo y saltar en pie al término de la voltereta, de modo muy experto.

Una vez en pie, dispuesto a embestirme, supe que me iba a pegar la gran paliza. Pero no saldría gratis del encuentro. Frente a frente, esperé la acometida, calculando que la primera patada se la daría... donde pudiese.

Y de pronto su diestra cayó y el fulgor maligno de las pupilas se le apagó mientras decía en voz baja:

—Será preferible dejarlo en combate nulo. En consideración a que fuiste colega y compañero. Más tarde me darás la dirección de tu gimnasio y con sumo gusto te partiré la boca deportivamente... Oye, me has dado motivo suficiente para meterte entre rejas.

—No ganarías nada. Estamos los dos trabajando en la pista del asesino de Giles.

—¿De veras? Ya que lo dices... Pero tuve la vaga impresión de que deseabas que se esfumase.

—Si es un homicida que quiere cepillar a Bayard, mi trabajo consiste en ayudarte. Mientras esté en libertad, corre gran peligro mi patrón.

—Entonces, ¿por qué destruiste una pieza de convicción?

Apuntó con el índice la chimenea:

—Para alguien cuyos motivos son puros, tienes una manera rara de comportarte. Quemar papeles mientras tengo la espalda lejos es una forma sospechosa de cooperar. ¿Qué estabas quemando?

—Una hoja del papel de cartas de Bayard.

Contorneé la mesa, abrí el cajón de arriba y le señalé una pila de papel de carta, azul pálido, con membrete encabezado.

—Hice un experimento que te interesará.

—Prosigue. En efecto, estoy interesado, pero tengo mis dudas.

—Es tu obligación y derecho. De todos modos, fíjate.

Cogí una hoja de papel, la deposité sobre las cenizas del hogar y prendí fuego. Cuando hubo quemado totalmente, desparramé las cenizas con el atizador y miré a Norval.

—¿Qué ves?

Su mueca recelosa se acentuó mientras se rascaba la mejilla.

—No veo nada de extraordinario en que un papel se queme cuando se le prende fuego.

—Cuando Bayard y yo salimos de aquí este fuego agonizaba. Pero cuando fuiste al garaje noté dos clases de cenizas en el hogar. Unas procedían de los leños quemados, pero las otras hacían pensar en fragmentos de cartas. ¿Quién pudo quemar una o varias cartas? La persona que me tumbó en el garaje. Por esto quise comprobar si estos fragmentos procedían de papel de carta quemada...

—Parece posible.

Norval tectleó nerviosamente sobre el reborde del despacho, miró el cajón abierto y la chimenea. Finalmente, echó un vistazo a la puerta y se mordió el labio con perplejidad.

En cuanto a mí, preferí no pensar mucho en mi conciencia. Tengo una, seguro. Mi padre me la legó, y nunca he tenido el valor de deshacerme del legado. Soy un sentimental.

Y antes de que Norval pillase una meningitis o la agarrase yo, dije:

—Espero que ahora estaré limpio de toda sospecha.

—Así parece.

Me miró duramente, y removió las manos en los bolsillos.

—¿No viste a la persona que te golpeó en el garaje?

—No. Sería incapaz de reconocer a dicha persona, aunque entrase ahora aquí.

Y como sería torpe mentir en todo, añadí:

—Hombre o mujer.

—Te vuelves razonable, Martin. Mira lo que encontré.

Sacó el puño del bolsillo y abrió lentamente los dedos.

—Estaba en el suelo entre los dos coches. No creo que hayas visto a muchos fulanos llevando esto.

Era un prendedor de cabello, de color negro. Abierto, como si el resorte hubiese estallado. Emanaba un leve perfume. No tuve la menor dificultad en reconocerlo. «Mistigri», de Yves Rendon.

Era la despampanante Leda Frisson la que usó el caucho sobre mi cabeza. Concretó Norval:

—Esto limita la búsqueda. Podemos eliminar el ochenta por ciento de los invitados con toda seguridad.

Guardó el prendedor en su cartera, y deslizó de nuevo las manos en sus bolsillos. Aclaró condescendiente:

—Me intereso por una mujer morena, de perfume suntuoso, calzando zapatos de tacón alto, estilete, número 37, midiendo aproximadamente metro sesenta y cinco.

Como era la descripción de Leda, me asombré. Sonrió magnánimo:

—¿Qué te parece? ¿Es difícil de encontrar, sobre todo entre las invitadas?

—Tendrían que nombrarte jefe de la sección de mujeres desaparecidas. Parece como si hubiese dejado su ficha escrita a

máquina.

—Lo dice la Biblia: «Tienen ojos y no ven». El color del prendedor demuestra que la chica no es ni rubia ni pelirroja. El perfume habla a las claras. La talla y número de calzado las obtengo gracias a las huellas que dejó en el suelo. Un coche tuvo pérdida de aceite. La chica fue lo bastante simpática como para pisar un charco... y ya está. ¿Y si nos vamos a ver al trío ahora?

Melchior Norval se imaginaba sin duda alguna que me había reducido a la más abyecta de las veneraciones. No le guardaba rencor. Era un funcionario. Y yo me había portado como un ciudadano imbécil. Si la mitad del mundo fuese policía, la otra mitad carecería de delincuentes. Se acabaría la policía como conciencia viva.

Lo cierto era una cosa.

Se le avecinaban una serie de jaleos a Leda Frisson.

Y yo iba a ser el primero en dárselos. Con gran gusto.

CAPÍTULO VIII

Fuera, la oscuridad era total, el aire pesado como cuando se prepara una tormenta. Melchior encendió una cerilla.

—Te aseguro que no le pasará nada a Bayard. Voy a pegarle como una lapa a uno de mis muchachos hasta que abandone París. No le soltaré de un pelo aunque Bayard le haga la rosca vehemente a una chica.

Abrió la puerta del salón, pisó la cerilla y entró.

Bayard y Fausto estaban sentados ante el bar. El filipino no estaba y Paul Dambros había desaparecido.

—¿Dónde está su secretario? Les pedí que se quedasen aquí hasta mi regreso.

—Nadie ha salido de la casa y Dambros no está lejos, se lo garantizo. Volverá apenas lo desee usted.

—Entonces ahora mismo. ¿Qué hace?

—Telefonea. Acaban de llamarle, y no vi ningún mal en ello.

—No oí el timbre. ¿Cuántas líneas tiene?

—Dos. Mi despacho y el de Dambros, una. La otra está reservada exclusivamente para mí dormitorio.

Chasqueó los dedos y tomó aspecto de contrito:

—Caramba, me excuso... Olvidé el aparato de la cocina. Línea aparte. La usan los del servicio doméstico.

—Por consiguiente tiene tres líneas.

—Sí. Respetuosamente, ¿puedo saber el motivo de estas preguntas?

—Investigo sobre el asesinato de un hombre que no tenía motivo alguno para hallarse en esta casa. Aun invitado, nada tenía que hacer en aquel despacho. Nada falta, no vino a robar. Pienso más bien que tenía cita con alguien aquí.

—¿Qué tiene eso que ver con mis teléfonos, inspector?

—Tal vez nada. Pero generalmente se cita por teléfono.

—En este caso tendría que ser un miembro de... Comprendo. Quiere decir que alguien de la casa estaría relacionado con Giles Lambert.

—Es posible. Había unos cincuenta invitados en el salón cuando

Giles Lambert fue asesinado. Uno de los presentes en la casa le conocía, y lo bastante bien para ajustarle las cuentas por lo que fuera.

—Por lo tanto, sospecha de todos: Dambros, Lorrain, mi cocinera y yo.

Rio suavemente:

—Y hasta de Martin. No olvide que también estaba aquí.

—Martin me ha dado cuenta de sus actos en el momento del asesinato. Y acabe ya de sentirse irónico, Bayard. Deme la lista de los invitados.

—Dambros debe tenerla. Se la pediré... Me pregunto qué estará haciendo tanto tiempo en el teléfono...

—¡Vamos! ¡Sí, usted, Bayard! ¿Dónde está el dormitorio del teléfono?

—¿Por qué el dormitorio...?

—No estaba Dambros en ningún despacho. ¡Vamos, aprisa!

Bayard salió delante de Norval al que seguí y a mí me pisó casi los tacones Fausto. Me pareció que Lorrain tenía miedo de algo.

Era muy veloz Melchior. Bayard señaló jadeante:

—Aquel pasillo... primera puerta a la izquierda...

El largo corredor de la cocina estaba desierto, aunque se oía a la cocinera canturreando la última de moda.

La primera puerta a la izquierda estaba entreabierta, filtrando luz. Nada se movía dentro. Melchior colocó dos dedos sobre la puerta, con extrema delicadeza y abrió de golpe.

El dormitorio apareció como una imagen luminosa en una pantalla: muebles lujosos, paredes color pastel, popurrí artístico y un, lecho tan vasto como el tálamo nupcial de Enrique VIII. Por mí parte me habría contentado, no ya con la mitad, sino con la cuarta parte de dormitorio.

Y me hubiese sobrado también el sujeto que estaba boca abajo sobre la alfombra, entre la ventana, la cama y la mesita del teléfono.

Yacía con la cara apoyada en el brazo replegado, pero le reconocí perfectamente. Por las piernas flacuchas, manos de venas salientes y la corona de cabellos en torno a la calva intelectual.

No estaba favorecido, blandengue y con el posterior saliente, pero era Paul Dambros.

Melchior cerró la puerta. Volvimos a Paul boca arriba, y lo tensamos para ver lo que tenía. Melchior apoyó las yemas sobre la carótida de Paul y diagnosticó:

—Está vivo. Pulso normal. No le veo nada en particular y sin embargo, está sin sentidos.

Titubeó y rencorosa la voz prosiguió:

—Aparte esta marca de la frente, juraría que tiene una tajada fenomenal. Hay bebedores que pierden la noción cuando se empapan mucho.

Le atizó a Paul un revés. Lo estudió un momento y se incorporó:

—Agárralo por las piernas y lo llevaremos a la cama Iré a buscar a Bayard para que le registre ante testigos Necesito la lista y no tengo tiempo para jugar a enfermeras.

Como levantamos a Paul sin miramientos, empezó a manifestarse. Gruñó. Su blando rostro se estremeció y con voz trémula balbució:

—Ay, mi cabeza... Tengo dolor de cabeza... ¿Qué sucede?... Ay, mi cabeza... Déjenme solo... Quiero que me dejen en paz...

Abrió y cerró los ojos varias veces, y se esforzó en mirar a Norval. Acabó por reconocerle, tendió las manos hacia él y le cogió la chaqueta como si ya no quisiera perderlo nunca...

—Inspector... Me han... Debe protegerme... Tiene que hacer algo... Hay un loco suelto...

Intentaba torpemente ponerse en pie. Le solté y braceó frenéticamente.

—Oiga, inspector, tengo que decirle algo... no sé cómo...

—Cálmese, hombre. Le escucho. ¿Quién le golpeó?

—Una mujer... Estaba escondida...

Tenía dificultad en hallar las palabras. Aspiró bastante aire, se aflojó la corbata y regresó a los balbuceos temblorosos:

—Yo estaba precisamente...

Un golpe en la puerta le cortó el soplo. Como si le echaran un nudo corredizo al cuello. Tembló más que antes, abrazándose a Norval.

Desde el pasillo oímos a Bayard preguntando:

—¿Todo va bien, inspector? ¿Puedo entrar?

Empujando a Paul sobre la cama, fue Norval a entreabrir.

—No entren por ahora. Tengo que hablar con Dambros. No corre

peligro alguno. Regresen al salón y no tardo. ¿Quiere hacerme un favor mientras esperan, Bayard?

—Con sumo placer. ¿De qué se trata?

—¡Quédense juntos, mecachis! No vayan a telefonear, ni a pasear a solas. Si necesitan orinar, vayan juntos. Ya habido bastantes idas y venidas por esta casa hoy.

—De acuerdo. No abandonaremos el salón. Y ¿qué debo hacer a propósito de la cena?

Norval repiqueteó en la puerta.

—Le admiro ya que conserva el apetito. Dígale a su cocinera que le sirva en el salón... Mire, aguarde y voy con usted. Le ordenaré a uno de mis agentes que le custodie por precaución.

Por encima del hombro me conminó oficialmente:

—Quédese aquí, Martin, y no le quite los ojos de encima, a Dambros, o se acordará de mí.

Salió tras una última ojeada al secretario derrenegado en la cama.

Oí los pasos alejándose hacia la cocina y durante unos minutos hubo quietud. Volvieron a pasar hacia el salón. Y ya no quedó más que el tamborileo de la lluvia.

Paul Dambros suspiraba rítmicamente con los ojos cerrados.

Él balanceo monótono de las cortinas me crispó los nervios. Se inflamaban en olas, se retorcían bajo la brisa en torbellino. Hubiese jurado que alguien estaba tras ellas.

Comprendí que era absurdo, pero aquellas gasas rojas moviéndose en el nocturno crepuscular parecían como si me dieran toques de xilofón en el espinazo. Contorneé la cama, aparté violentamente las cortinas y vi la ventana.

Estaba entreabierta y el reborde mojado. El agua resbalaba por la pared. En tierra, una gran mancha empapaba la alfombra. Alguien había estado allí, chorreando agua, esperando... ¿A quién?

Cerré la ventana y las cortinas y fui hacia la cama.

—Seguro que reconoció a la mujer que le golpeó, Paul. Se estremeció, humedeciéndose los labios, y alzó una mirada de liebre acosada:

—No, no... No tuve tiempo... Zapatos, piernas, el borde la falda... y...

Lanzó una palabrota que estoy seguro no se la enseñaron en el

colegio. Su rostro se animó al llevarse la mano a la frente:

—¡Pudo matarme! Un golpe más violento y... me muero... ¿Por qué?... Yo no soy Bayard... No tengo enemigos...

—Entonces tiene amigos muy raros. ¿Quién le telefoneó?

—Un hombre. Una voz de hombre. Ni sé quién era Acabaré por creer que todo el mundo se ha vuelto loco.

Se pasó la mano por el rostro con lasitud y un hilillo de saliva le resbaló por la barbilla.

—Me preguntó si yo quería ser un héroe. Nada más.

«¿Quiere ser un héroe, señor Dambros?» Colgó antes de que pudiera contestar.

Con el dorso de la mano, se limpió la boca y miró hacia la ventana como si esperase ver aparecer al vampiro Nosferatu.

—Fue entonces cuando ella me golpeó en la frente. Después ya no me acuerdo de nada...

Llamaron en la puerta. Remontó hasta la cabecera de la cama y susurró roncamente:

—No deje entrar a nadie. Se lo suplico.

—La puerta no está cerrada. Y si fuese su amiga la del porrazo, no se molestaría en llamar. Cálmese, caray.

Sin moverme, preguntó:

—¿Quién es?

—Roussel, señor —replicó la voz apacible—. El inspector Norval me envía para darle esto al señor Dambros. Cree que le hará bien.

Fui a abrir. Roussel se mantenía erguido y tieso en el pasillo, con una bandejita, sobre la cual una copa de licor estaba llena de un líquido dorado. Coñac añejo.

—¿Nada más le envía a decir el inspector?

—El inspector persiste en decirle... y perdóneme... que no quiere verle mientras no le llame o venga. Deseo que comprenda que me limito a transmitir solamente sus órdenes.

—Natural, hombre.

Y agarré el vaso por si acaso, antes de añadir:

—¿Sabe lo que pasó aquí?

—Sí, señor, y es absolutamente deplorable.

Pero no parecía que lo lamentase lo más mínimo.

—¿Cómo sigue el señor Dambros?

—Vivirá. ¿Vio rondar a alguien en torno a la casa?

—Absolutamente a nadie, señor. Permanecí en la cocina con Irma y no hemos oído nada. Al enterarse de este último accidente, Irma quedó terriblemente impresionada. Tuve mucho trabajo en persuadirla para que se quedase sola, mientras yo traía el coñac del señor Dambros. Por ello espero que me excusará...

Saludó gravemente y, sin más expresión facial que si me hablase del tiempo, dio media vuelta, rumbo a la cocina.

Pude equivocarme, pero me dio la sensación que no alzaría ni las cejas, si todos los ocupantes y moradores de Las Mimosas se hacían cepillar uno tras otro.

Ahora, la noche era total. Todo en calma. Nada de viento, nada de lluvia, nada de ruido. Producía la impresión de estar encerrado en una gran caja llena de estopa.

Se me erizaba el vello de la nuca. Había tanta, electricidad en el aire que algo iba a estallar y pronto.

Cerré y fui a tenderle la copa a Paul, sentándome en el borde. Bebió de golpe y luego empezó a jadear:

—No... puedo quedarme aquí... Déjeme salir... ¿Qué... había en este vaso?

—Coñac. Para un fulano que recibió un trompazo, pregunta usted más que un juez sordo. Vamos a tener una tormenta de órdago. Eso es todo.

—Me lo dice para hacerme creer...

—¡Oiga usted mismo, idiota!

Tendió el oído. Al principio era como un murmullo lejano, surgido de la nada. Poco a poco se iba aproximando a nosotros, se amplificó y nos rodeó con un estruendo enorme.

Y surgió el rayo. Una llamarada azul y naranja, que convirtió las cortinas en papel de seda. El dormitorio se llenó de luminosidades deslumbrantes; la lámpara del techo palideció. Fue una chispa, un pequeño fragmento incandescente.

Encima de nosotros, la ola se hinchó y se abatió. Un estrépito furioso, horrisono, repercutió sobre Las Mimosas, mientras un resoplido colosal sacudía la casa de un extremo a otro.

El zafarrancho de combate de la naturaleza sacó de quicio a Paul Dambros. Desde que se encontró junto a Fausto ante la puerta del despacho, inexplicablemente cerrada, le invadió el miedo. Pero ahora estaba literalmente paralizado de terror, petrificado de pánico

estúpido, sin el menor reflejo.

Era una oportunidad, inesperada, y la agarré. Aprovechando la primera calma, lo levanté sobre sus pies, atrayéndolo hacia mí.

—Hable ya, antes que sea tarde. Vamos... ¿Quién mató a Giles Lambert?

Parecía un colchón escuálido. Sofocado, gimoteó:

—Déjeme... No sé nada, absolutamente nada... ¿No ve que estoy enfermo? No tiene derecho...

Los elementos desencadenados se abatieron en un nuevo ataque contra la casa. Al resplandor del rayo, su rostro se puso azufrado.

—Hable ya, o le diré a Norval que le vi en el despacho con Giles. ¿Y adivina lo que hará? ¿Es fácil, no?

Le coloqué la mano bajo la barbilla, echándole la cabeza atrás. Su nuez subía y bajaba bajo la piel rugosa.

—Cuando Norval le arranque hábilmente la verdad, irán preparando el cuchillo de decapitar...

—Es falso. Protesto... Nadie le creerá...

Intentaba convencerse él mismo, el pobre. Yo sabía que todo aquello era absurdo, pero por si acaso aposté sobre el hecho de que era incapaz de acertar ni cómo se llamaba. Su oculto temor había dejado lugar a un terror ciego. La tormenta, por complemento, le enloquecía. Ya nada existía para él, salvo la amenaza.

En torno a nosotros, la tormenta la reemprendió con redoblada violencia. La voz de Dambros me llegó a intervalos:

—Nunca debió venir... Era su culpa, únicamente, y sí... Nadie puede reprocharme que yo... Déjeme, déjeme o grito...

Le solté la barbilla. Lo sacudí cogido de las solapas.

—Hable o le hago papilla. Por última vez, ¿quién mató a Lambert?

Me sentía brutalmente abusador, pero no me encantaba la idea de arrodillarme bajo el tajo. El que me robó la automática hacía todo lo posible por enviarme directo a la muerte. Era una provocación. Paul Dambros estaba complicado en el complot y tenía que hablar como fuera.

Otro relámpago alumbró las cortinas. Y una avalancha de ruidos ensordecedores nos sumergió. Mis ojos seguían deslumbrados por el fulgor. El rostro de Paul me aparecía con una mancha lívida en el centro de un disco luminoso y giratorio. La lámpara parpadeó,

enrojeció y se apagó. No quedaba sino una oscuridad completa, uniforme y densa.

El trueno fue alejándose. Ya no se oyó más que un lejano redoble de tambor en el horizonte. El viento sopló entre los árboles y golpeó los cristales.

—¡Es... horroroso... todo!... Suélteme —sollozaba Dambros.

Lo dejé caer en la cama. Le oí sollozar en algún sitio dentro de las tinieblas.

Todo regresó a la calma súbitamente. Hasta el mismo viento cesó, como si aguantase el aliento.

Y en medio de la quietud silenciosa, restalló un disparo.

Ruido de vasos rotos, tumulto, pasos rápidos, choques, como si alguien intentase penetrar a la fuerza en una habitación cerrada.

Y una mujer se puso a chillar.

Un chillido agudo, prolongado. La clase de grito lastimero y aterrorizado que nunca se olvida.

Duraba, duraba... Infinitamente.

CAPÍTULO IX

Apenas salí al pasillo, la lluvia volvió a caer. Y de las de verdad, no un chubasco para refrescar el césped. Verdaderos torrentes, como si el cañonazo del último trueno hubiese abierto una brecha en el cielo.

Encendí el mechero, pero solo conseguí hacer aún más densa la oscuridad en mi alrededor. Además, el pasillo estaba, lleno de corrientes de aire, y me apagaba el encendedor constantemente.

Por otra parte, me dije que tal vez era mejor no pasear con una luz en la mano. El fulano del disparo podía tener ganas de probar con otros blancos.

No tengo nada del paladín medieval, «sin miedo ni reproche», y le tengo cierto aprecio a mí piel. Y encima, no me habían invitado a venir. El rincón debía estar repleto de agentes dispuestos a tumbar primero a tiros y luego preguntar, si quedaba algo.

Lamenté no haberme quedado con Paul, pero me estaba atacando les nervios con sus gemidos y lloriqueos.

El chillido escalofriante había cesado. Oí al tranquilo Roussel recriminar áspidamente:

—¡Trate de controlarse, por el amor de Dios, Irma! Le repito que no hay nada que temer. La tormenta debió estropear un cable en algún sitio, los plomos saltaron y nada más. No es modo de comportarse, Irma, a su edad...

No quise oír el resto y me dirigí hacia la lucecita que brillaba al fondo del vestíbulo.

No era más que un pequeño punto luminoso que se balanceaba y dibujaba grandes sombras movientes a los dos lados de la pared. Me permitía ver sin ser visto. Aquella frágil cerilla representaba la ley, el orden. Volví a experimentar un hondo afecto hacia la policía.

La cerilla se acercaba y tuve que preguntar:

—¿Es el inspector Norval?

La lucecita cayó como una, estrella fugaz, apagándose. Intimó Norval:

—Quédese dónde está y encienda fósforos o un encendedor, pero que pueda verle la cara.

—De acuerdo, pero encañone su pistolón en otro sentido. Ya ha habido bastantes errores por ahora.

Encendí, levantando el mechero hasta mi cuello. Se acercó, encendiendo una cerilla. Recordé que los policías de antaño llevaban linterna.

El muro de tinieblas en torno parecía aplastarnos. Todo estaba silencioso, aparte la lluvia, que chorreaba del tejado gorgoteando.

Volvió Melchior a mostrarse confianzudo:

—Estás sin empleo. Bayard ha muerto. Un emboscado le disparó desde fuera, precisamente cuando se han apagado las luces. Vaya nohecita... Y tuvo que ser a mí, precisamente a mí, a quién le mandasen a esta faena.

—Aunque lo vigilase un batallón de mercenarios, le habrían cepillado. Le amenazaban hacía tiempo. Hoy... mañana... Tenía que morir.

—Gracias, Sócrates. El jefe no cree en la filosofía ni en la fatalidad del destino. ¿Has visto a alguien al venir?

—Nadie. ¿A quién podía ver, todo a oscuras? Y, además, ¿no dispararon desde el exterior?

—¿Sabes dónde está la caja de fusibles?

—Roussel y la cocinera Irma deben saberlo.

—¡Ah! ¿Dónde dejaste a Dambros?

—En la alcoba. No iba a traerlo a lomos. Apenas se apagaron las luces, se derrumbó histéricamente. Cuando salí, estaba mojando la alfombra con sus lágrimas.

—¿Te reveló algo mientras estabas a solas con él?

—Lo bastante para convencerme que Giles y él se conocían. Si le interrogas hábilmente, a base de achuchones y coscorriones, es capaz de soltar un par de detalles interesantes.

Pasábamos delante de la alcoba. Norval tuvo una leve vacilación. Bufó y seguimos caminando. Afirmó:

—Los malos tratos han quedado suprimidos hace tiempo. Hoy solamente puede uno inquirir, solicitar, rogar.

Apagó el encendedor que me había cogido. Una luz aparecía en el ángulo del corredor de la cocina. Se presentó Roussel. Con dos velas en viejas palmatorias de bronce en alto y apartadas para no mancharse con la cera. Impasible, blancuzco. Con algunos accesorios, habría podido presidir un funeral solemne. Irma gemía

sobre una sola nota. Aguda y quejumbrosa.

Para un tipo de su edad, tenía buena vista. Nos vio enseguida y nos dedicó una leve reverencia, que hubiese resultado risible en otras circunstancias. Parecía como si tuviese costumbre de saludar a un inspector de Homicidios, pistola en mano, durante todos los días del año.

—Celebro mucho verles, señores. Este incidente es muy deplorable... Es preciso perdonar a Irma... Pero, ¿no sonó un disparo hace poco? ¿Puedo preguntar cómo está el señor?

—Puede. En efecto, era un disparo lo que sonó y su señor, ha muerto. ¿Estuvo todo el tiempo con la cocinera?

Sus manos empezaron a temblar y de las llamitas de las velas se elevaron hilillos de humo. Murmuró:

—Es terrible... Tuve tanto miedo al oír el disparo...

Tanto miedo... La escena ha perdido al más grande de los actores.

Añadió, con patética dignidad:

—La vida continuará, señores, como siempre. Pero para mí, es la pérdida más...

Resbalaron lágrimas sobre sus arrugadas mejillas.

—Para mí, todo acabó... Ya es tarde para reemprender una nueva...

Temblándole los labios, se ladeó con mirada ciega casi desesperada.

—Excúseme, inspector. Solamente unos segundos para recobrarme... Tengo que volver junto, a Irma...

Se alejó, arrastrando los pies. Las llamitas de las velas saltaban y se mecían al ritmo de su marcha cansina.

Norval dijo, en voz baja:

—Creo que Bayard se asombraría si supiera que su ayuda de cámara ha sido el primero en llorarle.

—Y seguramente el último.

Encontramos la caja sin dificultad. Un plomo había saltado, quemando el soporte de porcelana. Pese a la opinión de Norval la avería no tuvo nada de anormal, sobre todo con aquella tormenta.

Norval se ocupó de la reparación, mientras yo sostenía la vela.

Estábamos demasiado cerca del maldito tubo de calefacción, para mí gusto. No lograba apartar mi pensamiento de mi

automática. Tenía la sensación de que me hablaba en voz alta, clara y de reproche por haberla abandonado.

Norval pulsó un interruptor. La lámpara del techo se encendió. Una luz blanca y vivaz, que hería los ojos. Soplé la vela y sonreí.

—Oye, si te echan y tienes que buscar trabajo, prueba en la Eléctrica, Te defiendes bien.

Primero me miró con exasperación. Luego, con amargura.

—Pensaré en ello. Después de lo que ha pasado, toda la Prensa arrabalera me caerá encima. Ya veo el titular: «Ahora, la policía presencia los asesinatos...» Y lo peor es que me siento ridículamente culpable.

—¿Por qué, hombre?

—Éramos cuatro los que estábamos en el salón cuando se apagaron las luces. Bayard, el de las huellas, el fotógrafo y yo. Suficientes para alejar al asesino de Giles Lambert, ¿no?

—Hay individuos que no se asustan fácilmente. Pero, ¿cómo pudo matar a Bayard en la oscuridad? ¿Un tiro y... zas, puro y petaca? No es posible. Debía ser un proyectil teledirigido.

—No te escarbes las meninges. Había luz, sencillamente. Encendí un fósforo. Un crujido en la ventana. El disparo. No tuve tiempo ni de levantarme. Oí a Bayard gruñir: «No puede ser...» Hizo un ruido desagradable, como si quisiera toser, y cayó de espaldas, Muerto.

—¿No viste al que disparó?

—Una mano, entre las cortinas. Tan aprisa, que no sé si era hombre o mujer. Cuando llegué a la ventana, nadie. He enviado al de las huellas y al ayudante suyo a registrar los jardines, pero sin esperanza...

Melchior hizo una mueca como si le doliese el cogote, y rezongó:

—Deben seguir allá, chapoteando como patos bajo la lluvia. A menos, dada mi suerte, que no se hayan ahogado.

—Llueve demasiado. No se hallaría ni el rastro de un tractor.

—¡Mecachis! Vaya nohecita... Y tengo que telefonar para anunciar la buena noticia: Denis Bayard, liquidado en su propio hogar, ante las narices de tres miembros de la BIG. El jefe se pondrá la mar de contento.

Ya estábamos ante la alcoba suntuosa de Bayard. Añadió secamente:

—Si tus sospechas sobre Dambros son ciertas, le voy a zumar un palizón de los que hacen época. Que se queje luego... ¿Qué demonios pasa ahora?

Sacudía la manija de la puerta, inútilmente, y me clavó una mirada reluciente de exasperación.

—¿Cerraste la puerta al salir?

—Yo no. Pero Paul debió atrancarla al irme. No podemos criticarle.

Asestó Norval un puñetazo en la madera.

—¡Dambros, abra! ¡Policía! ¿Me oye? Sabemos que está dentro. No sea tan borrico asustadizo.

Dentro nada se movió. O bien Paul se había desmayado otra vez, o no deseaba ver a nadie. Sugerí:

—Tiene que haber otra llave. Voy a pedírsela a Roussel...

—¡Al cuerno Roussel y su llave! Ya estoy harto de tantas formalidades y ceremonias.

Melchior retrocedió y, hundiendo la cabeza entre los hombros, embistió como un toro furioso. La puerta retumbó, sin más. Lo mismo pasó al segundo asalto.

Melchior se frotó el hombro, contemplando la cerradura con ojeada venenosa, a la vez que respiraba ruidosamente. Retrocedió de nuevo y largó un chut de internacional. A media altura, bajo el paño. El patadón pasó rozando el marco, lamiendo el poste.

La puerta se rajó, saltaron las bisagras y la estallada madera fue a derrumbarse al otro lado del dintel. Nos precipitamos al interior.

Paul Dambros había aprovechado la ocasión para fugarse. La ventana estaba abierta, y la Hurta inundaba la alfombra persa.

Melchior se desfogó en la emisión de varios calificativos rotundos y expresivos. Repetía sus dudas, bastante fundadas, sobre la varonil condición aparente del secretario particular.

Melchior recibió una ducha al asomarse a la ventana, maldijo del tiempo, maldijo a Bayard y a sus antepasados, a toda la policía en sus jerarquías, y a mí. Sobre todo, a mí.

Dejé pasar la galerna verbal, y cuando se quedó aliviado, me pidió un pitillo. Y se instaló al teléfono para comunicar las novedades a su patrón. No parecía nada satisfecho. A su jefe no pude oírle. Me bastaba ver la cara de Melchior Norval.

Se llevaron en la ambulancia al ídolo de los escenarios, como ya habían hecho con su doble. Tras todas las idas y venidas, Norval me ofreció una plaza en el soche policial.

Quiso con ello mostrarse amistoso, pero hubiese preferido que no se ocupase de mí y me dejara transitar por Las Mimosas.

No podía explicarle que había dejado a un viejo amigo detrás del grupo tubo de la calefacción. Mi «Lebel», nueve corto, cuya propiedad me urgía recobrar.

Tuve que estrenar un billete de Bayard para volver en taxi. Entrar en la casa no presentaría dificultades. Una puerta de servicio daba acceso a las calderas y tenía la llave. La quité de la cerradura mientras Norval manipulaba con los fusibles y empalmes.

El taxi corría por una carretera cubierta con centímetros de agua fangosa. Cuando llegó al último viraje, le pedí que parase.

—Aguárdeme aquí. Vuelvo en menos de diez minutos.

No refunfuñó porque le había prometido el doble de tarifa.

Percibí la casa a través de una oscuridad húmeda y neblinosa. Ni una estrella, ni luces en las ventanas. Ningún ruido dentro de aquella sombría casona.

Avancé a lo largo de la fachada lateral, al amparo del garaje, y antes de franquear la esquina, eché una prudente ojeada. Ninguna luz por los parajes. Todo estaba quieto. Mi corazón redobló su tam-tam.

Tenía que haber gente en la casa. Roussel, Irma y el agente de vigilancia nocturna. Este debía estar en algún rincón. Pero, ¿dónde?

Palpé la puerta del cuarto de calderas, trastos y basuras. La llave penetró suave. Me llegó un rumor de conversación mientras un sople de aire cálido me daba en la faz. Entré.

El murmullo procedía de la cocina, Dos voces masculinas, hablando normalmente, con tranquilidad. Les era preciso matar la larga velada mortuoria, ausente el interfecto occiso.

Alguien rechazó su silla en la cocina y oí:

—Ahora recuerdo que tengo que comprobar puertas y ventanas, antes de que usted pueda dormir. ¿Por qué no echa un sueñecito, Roussel? Es inútil que velemos la casa los dos.

Pasos por el corredor. Se acercaban cada vez más. Me puse tieso. Estaba apretado contra el enorme calefactor nodriza. Y mis dedos alcanzaban casi el pañuelo de Giles, envolviendo mi automática.

Los pasos se aproximaron, pasaron de largo... Se detuvieron. El vigilante debía poseer un sexto sentido, advirtiéndole que había un intruso escondido. Oí palpitante:

—Después de todo, será mejor que venga conmigo. Al inspector no le gustaría que le dejase solo después, de todo lo ocurrido.

Su vos estaba tan cercana que me daba la mala impresión de que me hablaba. Pero no entró. Esperaba a que Roussel se uniese a él. La luz reapareció por fin bajo la puerta. Se iban. El rumor de sus pasos se alejó.

Mis manos estaban mojadas. Me puse a hurgar tras el tubo, febrilmente. Unos diez segundos después recibí la sorpresa. Me pringué asquerosamente con el hollín del tubo antes de admitir la verdad.

Como único resultado de mis esfuerzos laboriosos, saqué un pañuelo negruzco que olía todavía a crema de afeitar, la de Giles. Y nada más.

Mi maldita «Lebel» había desaparecido.

CAPÍTULO X

El ascensor bastaba para dos personas, a condición, de que no respirasen. Se detuvo en el segundo y al salir cerré las puertas. Se estremeció, suspirando de alivio, y bajó chirriando.

Me dirigí a la puerta cuarta del rellano. Una etiqueta, fosforescente ordenaba: «Toque el timbre». Lo hice. Y al otro lado de la puerta se produjo un zumbido de moscarda atrapada en miel. Aguardé.

Pasaron segundos y me cansé de sonreír al botón y aguardar. Volví a presionar. El mismo zumbido, que ya se me antojó parecía el de una lengua vibrando en burla.

Desde el interior, una voz familiar aclaró:

—Ya abrí la primera vez. No podía recibirle. Entre.

Pasé. Un recibidor minúsculo. Dos cortinas azules que aparté, y me mordí el labio inferior. El espectáculo era todo un impacto.

Primero la vi a ella. El salón o *living*, o lo que fuera, era gigantesco. Debía ocupar la mitad del apartamento. Venía a ser como un escenario. Al fondo, un telón negro con bordados rampantes en plata. A la derecha, un gran espejo de pared.

A mi izquierda, una columna griega, blanca, con algo así como una bandeja rematándola a metro y medio del suelo. Un canapé de siglos lejanos con un maletín repleto por fuera de etiquetas hoteleras. Al lado, un abrigo de pieles, guantes y un fulano.

Pero lo que atraía la vista era la figura del centro. Tras un micrófono, vestida de raso oro, Leda Frisson parecía a punto de cantar uno de sus éxitos. Pero como no se oía nada, pensé primero que el micro se había averiado.

Era Leda Frisson. Descomunal y rebosando belleza, Salvo que no era de carne y hueso. Palpé y era de goma-espuma. Plastificada.

Cada cual con sus manías. Y recordado de la impresión, pude ver que a la izquierda, más allá del canapé y columna, había dos puertas. Una, entreabierta sobre una alcoba devastada como por un terremoto. Cajones abiertos, vestidos caídos, y camas gemelas sembradas de ropita íntima. Título del espectáculo: «Mujer haciendo el equipaje».

Tras la otra puerta, cerrada, había un gorgoteo de grifo y unos pies desnudos iban y venían. Y dijo la voz femenina:

—Oiga, se adelantó al horario, ¿sabe? Pedí que viniese usted dentro de media hora, según mi reloj. Puede sentarse, si quiere. Seguro que le asombró la muñeca. Es para las fotos de propaganda. Cambiando telón y vestido, se supone que estoy en Londres, en Berlín, etcétera. Sorprendente, ¿verdad?

—Pero yo prefiero el original en carne y verdadera.

Surgió ella del cuarto de baño como si hubiese yo gritado: «¡Fuego!» Como entrada, más que teatral, fue apabullante. Sus cabellos, negros, estaban anudados en alto por un lazo azul. Castamente envuelta en una amplia toalla de colores parecidos al de un *sarong*.

Sostenía el borde alto de la toalla con las dos manos cruzadas. Era todavía más bonita sin maquillaje. Un individuo bien educado no la habría detallado tan a lo caníbal, pero me olvido de los convencionalismos cuando tengo la suerte de topar con un espectáculo tan deleitoso.

Cuando ella estuvo segura de que era yo mismo en persona, pareció tan sorprendida que estuvo a punto de soltar la toalla. Lástima de control de manos.

—Me creí que era el mozo maletero que pedí con el taxi...

—Nada de excusas, preciosidad. Estás en tu casa, ¿no?

—Ya nos hemos conocido, ¿verdad? Usted se llama Martin, ¿a que sí?

—Por lo menos, hasta hace unas seis horas, sí. Quedamos citados. Hubiese querido venir antes, pero se presentaron algunos contratiempos y me retrasé dadas las circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—En casa de Bayard hubo un accidente. Vístete algo y podré contarte las cosas con coherencia.

—Mientras mantengas las distancias, puedo escucharte tal como estoy. Así estoy bien.

—Estás mejor que bien, pero yo me pongo todo volcánico.

—Toma una ducha.

Me levanté, ella fue retrocediendo y nos fuimos a parar al cuarto de baño. Cerré la puerta, di dos pasos y la acorralé en un rincón.

Sus ojos se agrandaron cuando la cogí del cuello con ambas

manos y la mantuve contra la pared. Balbució ella:

—¿Estás loco... o qué? Yo no tuve nunca intención de...

Se relamió, tragando saliva. Leí pánico en sus ojos.

—Palabra que no gritaré, hagas lo que hagas; pero, por favor, no me hagas mucho daño... Yo no te hice nada, pero no diré nada a nadie. Lo juro. No sé qué te ha pasado para ponerte así de... loco.

Las palabras se atropellaban en sus labios, de modo histérico. Estaba sin aliento. Reclinó la coronilla contra la pared, abandonándose. Me dedicó una sonrisa ambigua, llena de sumisión, que me hizo un efecto extraño.

—Escucha con calma, mujer. Te confundes. No vine a estrangularte, ni para abusar de tu debilidad física. Es inútil que te hagas la víctima. Estoy seguro que me pegaste el matrazo en un momento de pánico. Soy magnánimo y estoy dispuesto a olvidarlo todo.

Le quité las manos del cuello y, para tranquilizarla, le palmoteé suavemente la mejilla.

Leda Frisson me miraba como intentando leer mis pensamientos, sin revelar los suyos. Me esforcé en olvidar que su toalla había resbalado un poco. Equivalía a un vestido de noche sin tirantes, pero tenía regusto de fruta prohibida.

Un individuo queda siempre fascinado cuando cree ver lo que se supone atisba por descuido de ella. Cosa que las mujeres en bikini no han comprendido todavía. No hay nada excitante en un escaparate de carne desnuda, sin velos por zonas... Me extraviaba...

—Hazme caso, Leda, y no trates de enredarme. Y nada de coquetería solapada. Tanto me da que tires la toalla y te pasees por el cuadrilátero. Yo, tan fresco. Ahora tengo algo mucho más apremiante en qué pensar.

Me costó mirar a otro lado, pero me esforcé.

—¿No tienes ropa a mano para taparte algo?

Una sonrisita de falsa candidez y extendió el brazo orientando:

—En el dormitorio, al lado.

No cabía engaño sobre el sentido de la sonrisa. Ya no me tenía el menor miedo. Parecía leer en mí como si fuese en un tebeo. Creía que ya me había llevado donde quería. El pez picaba. Bastaría aumentar la tensión.

Pasé al cuarto, y recogí cualquier trapo, yendo a dárselo. Se

puso la prenda y me puse bizco. Lo que le había dado era una especie de calipso de gasa negra con encajes arriba y abajo.

Me apoyé en el dintel y, mirando al techo, pregunté:

—Tengo prisa. Y tú también, supongo. ¿A qué hora has de irte?

—Si te cuento lo que pasó en casa de Bayard, ¿me dejarás marchar?

—Juro que apenas hayas contestado a mis preguntas, quedarás libre de ir a la misma luna si se te antoja. ¿A qué hora tomas el tren o el avión?

Su respuesta me llegó confusa, como si se hubiese inclinado y me hubiese vuelto la espalda. Yo, por si acaso, había cerrado la puerta.

—Pronto... Yo no sabía que eras tú el que estaba en el garaje. Si hubieses hablado antes de asomar la cabeza... Yo creía que era otro... Y solamente deseaba huir. Todo este lío es por culpa de Bruno. Pero si hablo, nadie me creerá... Sobre todo, si se piensa que la propia Suzon le oyó decir que le ajustaría las cuentas a Bayard... Pero él no haría nunca algo así... No me harán caso. Dicen que soy una loca mentirosa... ¿Por qué iban a creerme? Y ahora, peor que peor.

Era un flujo de palabras, murmuradas, confusas, esparcidas. Intenté ligarlas, sin éxito. Iba y venía y me faltaban pedazos para oír. Me tenía mareado. Golpeé en la puerta para llamarle la atención:

—¿Cuánto tiempo vas a tardar en ir a vestirme de verdad y dejarte de paseitos absurdos?

No oí su respuesta. Pero sí oí una voz baja, ronca, monótona, exactamente tras mi hombro derecho. Una voz mandona que me puso tieso.

—Quédate tranquilo y no vuelvas la cara, a menos que quieras que esto... —y algo duro, cilíndrico, se hundió en mi rabadilla— te abra en canal. Vamos. Entra en la alcoba.

No había modo de identificar aquella voz. Parecía la de un gramófono antiguo. ¿Qué hace uno con un revólver plantificado en el lomo? Lo mismo que yo: nada.

Obedecí sin más discusión. Entré alcoba adelante, brazos en escuadra, manos a la altura de los hombros. El revólver no se me separó ni un centímetro, como si estuviera pegado a mí chaqueta.

Sentí miedo.

Miedo de que Leda saliese en mal momento y le diera al desconocido gatillero el estímulo para que me cepillase. Entramos como dos marionetas, marcando el paso. Izquierdo, derecho, izquierdo, derecho. Y el sujeto dijo, con su falta de matiz en las tonalidades:

—Párate y no te muevas. Vuélvete y te abraso. ¿Comprendido?

—Entendido.

Ya no notaba el revólver en mi espinazo. Me figuré lo que iba a seguir. Cerré los ojos. Un culatazo no mata. Lo que mata es pretender un imposible, como lo sería coger por sorpresa a un sujeto encañonando mi espalda. Traté de convencerle:

—No te beneficiará en nada matarme.

Ninguna respuesta, salvo el ruido de una puerta cerrándose. Una llave giró. Pasos en el gran salón. Susurros.

Estaba claro. Leda y su amigo Bruno acababan de engatusarme. Era Bruno, seguramente. Aunque, por el momento, su nombre me importaba un rábano. Me había encerrado para poder fugarse con su cómplice. Hasta el mismo revólver fue un timo.

Lo imaginé, como un cretino. Es posible que ni siquiera tuviese revólver. Me precipité a la puerta. Y ya cogido el abridor, cambié de idea. No hay que ser impulsivo. Antes de saltar, hay que mirar. ¿Cómo sabía yo que era un time engaño?

Un sujeto que intenta salvar la vida tras un asesinato, no titubea en matar a cualquiera...

Leda decía claramente, de pronto:

—Ya estoy lista para salir, ahora...

Hubo una extraña agitación en el cuarto de baño. No comprendí nada. Era como si se cargasen el armario ropero, tirando al suelo la madera. Algo pesado chocó contra el tabique medianero. Oí resoplar como si llevasen un fardo pesado.

Se debatían para arrastrarlo al salón. Les resultaba estrecha la puerta. O bien, Leda no era lo bastante fuerte para soportar su parte del peso.

Finalmente, golpes sordos, como una tapa de madera que se deja caer y se encaja ajustadamente. Parecían abrir y cerrar una caja varias veces. Tendría que esperar para satisfacer mi curiosidad, o corría el riesgo de encontrarme yo mismo en otra clase de caja.

Esta deducción me condujo directo a una idea siniestra que me alborotó. Leda había dicho: «...la propia Suzon le oyó decir que le ajustaría las cuentas a Bayard...»

Por consiguiente, si Suzon podía declarar, su testimonio enviaría al misterioso Bruno a la guillotina. Leda debió decírselo a Bruno. ¿Qué haría? ¿Qué estaban arrastrando en el cuarto de baño? ¡Suzon! Debía estar prisionera en el armario, en espera de que regresase Bruno con una caja bastante grande para meterla a ella dentro.

Suzon era la clase de mujer con la cual siempre había soñado: dulce y bonita. Claro que no estaba enamorado de ella. Solamente la había tratado dos veces, y breves.

Me abalancé contra la puerta, y salí rebotado hacia atrás. Aquella maldita puerta se abría hacia el interior. No estaba construida para resistir un asedio, sino solamente para abrirse hacia dentro. Lo descubrí al tercer asalto.

Y ahora, el salón escenario estaba silencioso. Y antes que yo saliera de ahí dentro, Bruno y Leda estarían ya en Alaska.

Me desencadené impetuoso a patada limpia hasta que agrieté la madera inferior y saltó una tablilla. Pasé la mano, tanteando hacia arriba para alcanzar la llave.

El *living*, sala, escenario, lo que fuese, seguía bien iluminado. El maletín con las etiquetas internacionales estaba en el canapé. Era extraño que no se lo hubiesen llevado, a menos de estar vacío. Lo abrí. Contenía ropa de mujer. Pasé al cuarto de baño para descubrir algún indicio.

Leda Frisson no se había llevado su maletín porque ya no lo necesitaría. Estaba tendida en el suelo, a lo largo de la bañera. La lucha debió ser horrible. Había huellas de arañazos en su cuello y hombros, Hematomas de dedos en su garganta.

La gasa negra no era más que un amasijo de jirones. El taburete de tres patas, blanco normalmente, había sido el arma final del atroz asesinato. La pobre ya no tenía rostro.

Había sangre salpicando el linóleo del suelo, parte de la bañera, la pared...

El modo bestial empleado para matarla, demostraba que el asesino no tenía revólver. Me había engañado con la boquilla de una pipa o un bolígrafo.

El precio de mi cobarde imaginación había sido la vida de Leda.

Decirme a mí mismo que de cien hombres, noventa y nueve hubieran obrado como yo, no me conformaba. Sí hubiese intentado algo antes que el matarife me encerrase, Leda no habría sido suprimida en forma tan atroz.

Permanecía en el dintel, sintiendo rencor contra mí.

Si yo hubiese intentado algo, con suerte, ella estaría viva y yo sabría la identidad del marrano que mató a Giles con mi automática.

¿Quién era Bruno? ¿Qué quería lograr con aquella carnicería inmundas?

Seguía sometido a la misma pregunta cuando me detuve en medio de la gran sala. A mi lado, ella. Quieta, erguida, majestuosa. Una estatua blanca y dorada. Una boca de ensueño sensual. Lástima que fuese una «doble» de material tan sin vida como la imagen legítima...

Fui cerrando cortinas y la puerta. Bajando la escalera, volví a preguntarme quién sería Bruno. ¿Bruno, qué más? Suzon lo sabría. Ella estuvo en el cóctel y le había oído amenazar...

No se quedaría inactivo ahora, que había reducido a Leda al silencio. Suzon era una viva amenaza para él. Tenía que acallarla lo antes posible.

Había ido, tal vez, directo a casa de ella. Que no desconfiaría y le dejaría entrar. Me volvió a la mente la atroz visión última de Leda Frisson.

Bajo las farolas, por la calle sumida en brumas, me puse a correr.

CAPÍTULO XI

A través de los respiraderos de la cabina telefónica oía al vendedor de la esquina pregonando la edición nocturna de última hora.

—¡Doble crimen en Juvisy! ¡Denis Bayard asesinado...!

Por el auricular oí la voz que me interesaba:

—¿Hallo? Sí, diga...

Me hizo el efecto de respirar oxígeno puro, de cumbre limpia.

—Martin al aparato. Nos hemos conocido esta tarde...

—Le recuerdo perfectamente. Si puedo hacer algo por usted, ya lo sabe. La respuesta es no. Un no categórico.

—Hable todo lo que quiera, mientras no cuelgue antes del final.

¿Ya sabe lo que le pasó a Bayard?

—Tengo el periódico en su última edición y TV, además de radio. La noticia me ha producido una honda desesperación. Estoy abrumada...

—Su familia de usted lo estará, si no deja de hacerse la irónica. La muerte de Bayard tiene una continuación que le concierne a usted.

—¿De qué... me habla, hombre?

—De algo que no se discute por teléfono, mujer ¿Dónde podemos encontrarnos, mientras no sea en su apartamento?

—¿Por qué no en el entierro de su reciente patrón? Será el acontecimiento mundano más brillante de la temporada. Una gran concurrencia para asegurarse que lo entierran de verdad.

—Oiga, tendrá usted mucho humorismo negro, pero no me divierto. Si no sale de su piso antes de cinco minutos, peor para usted.

—¿Qué clase de broma estúpida pretende hacerme Martin?

—YO, no. Otro. Siga en su piso, y correrá un peligro espantoso.

—Mientras no sea verle a usted...

—¡Calla y escucha, criatura! Alguien te telefoneará de un momento a otro. Acaba de despedirse de una amiga tuya y viene a verte. Cuando llegue él, ya será tarde.

—Esto no tiene ni cola ni cabeza. ¿Quién se despidió de quién?

—Ni cabeza, eso es, exacto y horripilante. ¡Rediez! Tú me atontas, Suzon. Un sujeto llamado Bruno acaba de huir del apartamento de Leda Frisson, dejándola muerta.

La oí jadear como si acabase de correr los cien metros lisos en diez segundos exactos.

—Y ahora, Suzon, ya puedes colgar si quieres. Terminé. Bueno, ¿dónde nos vemos, eh?

—¿Dónde, sí?

—En la estación Saint-Lazare, andén internacional, entrada por calle Le Havre. El primero que llegue espera al otro. Pero tú date prisa. Yo tardaré porque estoy al otro lado de la ciudad. ¡Corre, guapa! Y por mí alma, que va muy en serio.

Cuando salí de la cabina, no se veía un taxi ni por asomo. Y se veía poca cosa en aquel barrio distinguido, extra-urbe. Una brisa helada secaba la acera por placas. Ni estrellas, ni luna. Un cielo negro, viento y nubes persiguiéndose.

Con las manos en los bolsillos, me esforzaba al caminar, en dejar de pensar en Leda. Pero, como una nube, me perseguía en la sombra. Tras cada farola. Me hablada desde las oscuras puertas. Estaba yo incubando un complejo de culpabilidad fenomenal.

Penetré en otra calle, todavía más oscura. No había modo de dar con un taxi. Recordé la poderosa emanación sensual de Leda...

Bajé del Limbo. Demasiado atormentado por el fantasma de Leda, no pisaba tierra con la suficiente precaución.

Dos sujetos me flanquearon de pronto, cogiéndome cada uno de ellos por un brazo. Con firme agarrada. Y uno de ellos gangueó:

—¿Qué me dices? El propio Martin Martin, alias «Bis». Ya era hora que te pusieras a tiro, hombre. Tanto esperarte y aguardar a que te metieras en un sector propicio.

Cerca había una farola. Y yo acababa de toparme con un problema. Doble y llevando canadiense, sombrero impermeable.

Dos sujetos bien afeitados, casi pulcros. El de la izquierda tenía rasgos faciales muy irregulares. Su madre debió dejarle caer de bruces cuando era bebé. Desde el punto de vista de un antropólogo, era un ejemplar interesante. Pero para toparlo de noche, era un asco.

Por comparación, el sujeto de mi derecha resultaba casi una belleza. Un rostro flaco, algo hociudo, de piel olivácea y ojillos de

jade, inexpresivos como dos botones negros. Debía ignorar lo que era una emoción humana.

Estábamos los tres parados, a la fuerza. Pregunté:

—¿Qué pasa? ¿Quién os dijo que me llamaba Martin?

—Me lo dijo Adela, la de la muela y el doctor.

Y el gorila primero me apretó con mayor fuerza el brazo. O era luchador, o se pasaba el día picando piedra.

—Os habéis equivocado, muchachos. No soy el tal Martin.

—¿Será posible? No, no puede ser. No puede haber más que un solo granuja igual en una misma familia ¿Verdad, Janot?

Su compañero, el hocicudo, no contestó. Metiéndose el índice y el medio, en horquilla, dentro de la boca emitió un corto silbido. Y ambos maniobraron para que los tres quedásemos al borde de la acera.

El llamado Janot dijo correcto:

—No te alarmes, Martin. Mi compañero Clement ladra más que muerde. Nosotros queremos evitarte la molestia de buscar un taxi a esta hora tardía por este barrio.

Hablaba correcto y con su otra mano cacheaba como un experto, para cerciorarse que yo no llevaba armas. Y comentó:

—Sí que es raro... ¿Ni un mal cortaplumas? Deberías ser más prudente, chico. París es una capital muy peligrosa, donde no deberías pasearte a solas, de noche, sin nodriza. Felizmente, nos cuidamos de ti.

—Hablas para no decir nada. ¿Qué queréis?

—Paciencia. Todo se andará a su debido tiempo.

Habían aflojado algo la tenaza doble. Lo tenía ya calculado. Codazo al más fuerte, complementado con gancho. El otro, Janot, era de menos cuidado.

Embestí hacia delante, paré en seco y retrocedí hacia atrás. No falló. Quedé libre. En el mismo impulso aproveché para hincar el codo al robusto Clement en pleno estómago. Se dobló y lo enderecé con un gancho en volea. K. O. técnico.

Velozmente, giré para impedir que Janot me saltase al cuello, por la espalda. Encajé un rodillazo en el hígado. Más que un rodillazo se me antojó una coz de camello.

Un toque experto. Paraliza las piernas. Envía calambres convulsivos por todas las fibras. Es el K. O. favorito de los zurdos.

Pero el cerdo de Janot empleó la rótula.

Lo olvidé todo. Leda, mi cita con Suzon, todas las complicaciones de pesadilla que me habían caído encima desde que tuve la desgracia de entrar en Las Mimosas.

Solamente podía pensar en el dolor, semejante al de una puñalada. Y vi subir la acera muy lentamente.

Clement ya no era más que una vaga silueta que se balanceaba sujetándose la barbilla y con la otra mano palpándose el estómago.

Los faros de un coche parecían globitos amarillentos. El ronroneo del motor se mezclaba a los zumbidos entre mis sienes.

Fui cayendo en la negra fosa sin fondo, ahorrándome el seguir pensando, recordando, lamentando, rabiando...

CAPÍTULO XII

Mi retomo a la tierra fue, lógicamente, normal y corriente. Era como sí, tomando mi cabeza por yunque, un herrero asestase martillazos con decreciente violencia.

El rodillazo en el hígado daba los mismos resultados que la borrachera apuntillando. Despierta uno con grillos en el cogote y un yunque por cabeza.

Olía a coñac. Del bueno. Me daban coñac, y el líquido iba haciendo desaparecer mi malestar, ahuyentando yunque, grillos, martillo. Sin abrir los ojos, agarré la botella para aumentar la dosis.

Alguien protestó:

—¡Ya basta! Es demasiada delicadeza con un tipo así. Si se pone a dormir otra vez, me lo despertáis a tortas.

El coñac me sienta siempre estupendo. Repliqué:

—Ya dormí bastante. Las tortas se las regalas de mi parte al cochino traidor mariquita que me...

Me arrancaban la botella. La bombilla, delante de mi cabeza, deslumbraba. Pero bastaba inclinar la frente. Eché una mirada en torno. Mis dos recientes conocidos estaban allí. Clement, destilando rencor, al palparse tripe y mandíbula. Janot, indiferente, el muy guarro.

El tercer hombre, sentado a horcajadas en una silla frente a mí, a cierta distancia, tampoco me era desconocido. Aquel rostro macizo había aparecido repetidamente en la Prensa mucho antes de la indagatoria de alta magistratura, por corrupción, soborno y más cosas.

Apoyaba el mentón sobre sus antebrazos, cruzados en el reborde de la silla, y estiraba las piernas confortablemente. Confieso que tenía aspecto honorable. Me miraba calmosamente. Tenía todo el aire de un hombre de negocios, de negocios prósperos. De toda clase de asuntos, vaya. Son los que progresan.

Cuando juzgó que yo le prestaba toda mi atención, dijo:

—Fue un error, Martin, sentirte agresivo. Si Janet no calma a Clement, terminas mal. ¿Sabes quién soy?

—¿Quién no? Eres Edgar Montfort, el grande, el único Edgar

Montfort. Vives del vicio ajeno. Te has forrado se millones, gracias a la droga, el juego y el chantaje de envergadura. Acabarás mal, Edgar. Sobre todo, si te dedicas al rapto y secuestro.

Los dos matones de Montfort esperaban la señal, como dos perdigueros al acecho. Pero Montfort, calmoso, ordenó:

—Quietos, los dos. Empleó conmigo el tuteo para alborotar, ya que es un lagarto y sabe que, en una trifulca, gana el que la provoca. Busca camorra. La tendrá luego. Primero...

Levantándose, se aproximó, quedando entre sus dos matones. Y abiertas las piernas, me escrutó, antes de añadir generosamente:

—Bastará un poco de buena voluntad y te irás libre, sin daño. Tú decides.

—¿A qué llamas buena voluntad?

—Resulta que lo quiera yo o no, mi seguridad personal depende de ti. Me encuentro en una situación molesta que podría hacerse embarazosa, y costarme muchos billetes a fondo perdido, salvo que me ayudes. Y estoy seguro, segurísimo, que me comprendes. Juega limpio y te evitarás muchas molestias.

—Para mayor claridad, ¿qué quieres concretamente?

—La carta que le escribí a Giles Lambert. La cogiste de su bolsillo, después de asesinarlo en el despacho de Bayard.

—Desvarías... No tengo nada que ver con la muerte de Lambert.

—Es posible, y, además, me tiene sin cuidado. Para mí, Giles no es más que un negocio interesante que tomó un giro adverso, una especulación de la que me he retirado. Giles ha muerto. Punto final a todo. Dame la carta y asunto liquidado.

—Te la daría, si la tuviera.

Brillaron los ojos de Edgar, mientras silabeaba su pregunta:

—¿Cómo quieres morir tú?

—Multimillonario y centenario.

—Pues vas por mal camino. No perdamos más el tiempo. Sé que tienes la carta. Giles la llevaba encima y solamente dos personas pudieron quedarse con ella: el inspector Norval y tú. Si la tuviera Norval, ya me habría invitado a verle. No he recibido aviso, y, por consiguiente, tú tienes la carta.

—Tercera teoría que olvidas, Edgar. Cuando mataron a Giles, este no tenía la carta encima.

—Un amigo común la vio poco antes de la defunción.

—No la tengo yo. Me registraron, ¿no?

—Encontré el aviso de pago que le escribió Giles a Bayard, y un fajo de billetes rondando los diez mil francos. Lo requisó por el momento. Te devolveré el dinero cuando me entregues la carta. ¿Dónele está?

—Supongamos que en un buzón, en alguna esquina, con un hermoso sello, esperando el correo de la madrugada.

Una frase que produjo efectos regocijantes. Los tres me taladraron visualmente, en silencio. Y de pronto, Montfort alargó el brazo para propinarme un revés. Lo vi venir y pude amortiguar acompañándolo.

Los otros dos ansiaban que yo me levantase. Se quedaron con las ganas.

—Bien... La pusiste dentro de un buzón. ¿Dirigida a quién? Habla sin que te veas obligado a hacerlo.

—La envió a un amigo leguleyo, metida en sobre aparte, bien lacrado, con unas líneas pidiéndole que la conserve hasta que vaya a buscarla yo personalmente, sin acompañantes.

Edgar Montfort apretó los puños. Me olí un vapuleo fenomenal que pondría punto final a la carrera del último de los Martin Martin.

Edgar había perdido su calma. El rencor y la duda se mezclaban en sus facciones. Abría y cerraba las manos con ansiedad. Afirmó:

—¡Mientes! Un ex polizonte como tú no confía ni en su sombra. Es una lástima... Yo estaba dispuesto a darte la oportunidad de salir sin daño... ¡Mientes!

—De acuerdo, soy un embustero. Ya podéis cepillarme. Mañana, al mediodía en punto, un abogado llamado Frejolix abrirá el sobre. Encontrará el otro lacrado y unas líneas mías donde le indico que preveo mi ausencia, suscitada por un secuestro con mal fin, y que si no me presento antes del mediodía, abra el otro sobre. Le sobrarán pruebas.

—¿Por qué dicho abogado que te inventas abrirá tu carta precisamente al mediodía en punto?

—Rutina. Nunca abre su correo antes del mediodía. Por otra parte, no busques el nombre de Frejolix. Comprenderás que no soy tan memo como para darte su verdadera identidad. Es un apodo que le doy desde que le conocí en el cuartel, en Argelia.

Hay algo infalible: si uno miente con la convicción de decir la verdad, acaba por convencer al otro. Edgar no podía saber si le mentía o no. Y no iban a ser sus dos matones los que le ayudasen a descifrar el dilema.

Clement enviaba ojeadas ansiosas a Janot, quien a su vez contemplaba a su jefe con mudo llamamiento a su cerebro, pero sin esperanzas. Parecía como si los tres hubiesen agarrado un tigre por el rabo y se preguntaban: «Ya lo tenemos, pero, y ahora, ¿qué hacemos con el bicho?»

Edgar volvió a sentarse. Meditaba. Dijo, por fin:

—Hay algo que no comprendo. Si tenías el as en la manga ¿por qué te pusiste agresivo cuando mis muchachos te fueron a buscar? No tenías razón alguna para rehuir el verme. Por esto, creo que mientes.

—Yo no podía adivinar que la charla iba a ser amistosa. Por los modales de tus dos muchachos, me supuse ser un firme candidato a la ida sin vuelta al infierno.

—Otro punto flojo. ¿Por qué no haber dicho la verdad desde un principio, ya que te propuse un trueque?

—Necesitaba una respuesta a un interrogante que me atosigaba. Y hablaste libremente, creyéndome apto para una tumba anónima.

—¿Te di la respuesta?

—Casi, dijiste que un amigo común había visto que Giles llevaba la carta encima, antes de morir. Me basta ahora únicamente con el nombre de este informador.

—¿A cambio de qué?

—Primero, la devolución de mi dinero bien sudado. Segundo, mi palabra de quemar tu carta. Este es el trato. Más lo que ofreciste.

Sacó un fajo de billetes, lo abanicó contra la uña del pulgar y me echó el paquetito con su cinta central.

—De acuerdo. Yo siempre cumplo lo que prometo. Martin. Devuélveme mi carta y haremos el trato completo.

Localicé mi sombrero tirolés con su funda impermeable, adornando un jarrón en una mesa junto a la puerta. Caminé hacia allá, afirmando los tacones.

Al encasquetarme el sombrero supe que me devoraban con la vista. Lo que importaba saber era si Edgar cambiaba de idea y me azuzaba de pronto sus dos canes feroces. Manifesté,

condescendiente:

—Otra cosa... El próximo trato, en terreno neutral y zona de nadie, o no hay cambalache.

Se me antojó que la puerta pesaba una tonelada. No quería mostrar el menor indicio de prisa, pero tenía que salir cuanto antes. Un paso en falso y moriría como no quería: pobre, enamorado y muy intrigado por el caso sin resolver.

Ya tenía la puerta abierta, cuando Edgar conminó:

—¡No tan de prisa, Martín!

Aplacó a sus dos perros y avanzó unos pasos.

—Tienes veinticuatro horas para devolverme la carta. Es casi la medianoche. Te doy hasta la medianoche de mañana. Después, te aconsejo quedarte en tu cueva. Hay tantos accidentes hoy en día... A lo mejor, un camión... Puedes resbalar de una acera y ser triturado... En fin, hay mil modos distintos.

—Olvidas el abogado y la carta.

—No voy a ser responsable de todos los atropellos de París, ¿no? La carta me incriminaría si yo estuviese implicado en tu muerte. Pero yo no conduzco camiones.

—Pero pagas camioneros.

—Te garantizo que nunca me incriminarán ni a mí, ni a los dos actuales testigos. Por unos cuantos billetes, elegiremos camionero sin que se entere quién le pagó.

—Pero siempre existirá la amenaza de chantaje que hizo Giles. En poco tiempo, la policía llegará con esta prueba hasta ti.

—Giles era un chantajista, de acuerdo. Pero yo me limitaba solamente a descontar un veinte por ciento de sus ganancias, como protección por si algo iba mal y necesitaba ayuda.

Bostezó Edgar delicadamente.

—Puedes irte, pero date prisa en recoger tu sobre antes del mediodía. Y me telefoneas. De lo contrario, ya sabes... No haré nada precipitadamente. Esquivarás todos los camiones que veas, y te partirá en dos una motocicleta o te empujarán en un andén del Metro. Dispones de veinticuatro horas para meditar en la diferencia entre vivir cómodo o pasar muchas agonías antes de morir de veras. Te acompaño.

Atravesamos un *living* precioso y me abrió la gran puerta de la libertad. Sin una palabra. Ya sobraban.

El farol se había vuelto contra mí. Ahora era yo el que agarraba al tigre por el rabo. Había obtenido una tregua gracias a un papel quemado. Veinticuatro horas.

Después quedaba condenado a no salir de una cueva en lo alto de una montaña sin carreteras, sin el menor tráfico.

CAPÍTULO XIII

Había un tráfico intenso en Saint-Lazare. Punto de enlace y salida de muchos *pullman* lujosos, para noctámbulos empedernidos. Mucho ruido y muchas luces. Demasiado de las dos cosas.

Hasta que la vi. Era preciosa de verdad. Me tenía sin cuidado el papel que había desempeñado en la muerte de Giles. Podía esperar este detalle muy nimio. Ya me lo diría.

Nos reunimos bajo el gran reloj, como todas las parejas normales.

—¿Ha peleado usted? Tiene una marca en la mejilla y ojeras de padecimiento. ¿Con... quién?

—Un amigo de nuestro común amigo Giles.

La cogí del brazo, llevándola a un rincón donde pudiera oírla mejor.

—Una noche de enero, junto al fuego, te contaré cómo por poco no quedo desfigurado. Ahora hay cosas más importantes por discutir.

—Por ejemplo, ¿quién le autoriza a tutearme?

—Yo. Y tú. Ni eres una anciana respetable, ni soy un nene empollón. Y otra cosa, ¿quién es Bruno?

—Bruno... Bruno es... está...

No había corrientes de aire en aquel rincón, y, sin embargo, se estremeció. Su voz se hizo muy tenue:

—Fui a ver a Leda. Tenía que saber si me dijiste la verdad. No, no había nadie... Si nos callamos, durará días, a menos...

Tenía ojeras, y extravió en los ojos celestes, como si el horror del espectáculo la siguiese hiriendo.

—Mírame bien, Suzon... A partir de ahora, no debemos tener secretos el uno para el otro. Estoy dispuesto a creerte en todo y ayudarte, hayas hecho lo que sea. Y si salimos indemnes de esta, ya te diré por qué me porto así contigo... ¿Tienes confianza en mí?

Le coloqué una mano en el hombro. Sin apretar mucho. Amistosamente. Me sonrió, mitad enigmática, mitad temerosa.

—Voy a tener confianza. Es una necedad, porque en realidad no sé nada de ti, pero tengo la impresión de que acierto. ¿Qué quieres

saber?

Mi voz sensata me sopló: «Has de ser razonable, idiota. No es más que una chica como las otras. Tú mismo decías que son como los autobuses: pasan iguales cada cinco minutos. ¿Qué tiene ella que no tengan las otras?»

Pero una chica bonita, sin defensa, es un adversario temible. Y mucho más, si alienta una llamada de socorro en unos ojos celestes, radiantes, confiados.

Con gran aprensión, pregunté:

—¿Mataste a Giles? ¿Lo liquidaste tú?

—¡Claro que no! Pero, ¿es que fuiste capaz de creer que...?

—No insistamos sobre lo que he creído. Lo niegas y me basta. Y si lo hubieses matado, nada cambiaba. Podías confiar en mí.

—Pues, para que te enteres, te voy a decir que lo vi muerto. No he dicho nada a nadie. Pero estuve en el sitio donde lo mataron, aunque no lo hice yo.

—Eso ya lo sabía. Yo estaba en el despacho de Bayard y te vi salir. Por esto sospeché de ti.

—¿Por qué no lo comunicaste a la policía?

—Por dos motivos. Uno, que este asunto huele malí y no deseo que te interroguen. Deploro la muerte de Giles, pero no me concierne en nada. Era, además, un final lógico para un chantajista.

—¿Y cuál es el otro motivo?

—Nada de particular, salvo el hecho de que asesinaron a Giles con mi propia pistola.

—¿Tu pistola...? Pero, ¿cómo...?

—Ni idea, pero no vamos a pasarnos la noche aquí. Estoy reventado y tú también has de dormir. ¿Dónde vamos?

—Nada de plural. Yo vuelvo a mí piso.

—Ni hablar. Sola, no.

Deslicé mi brazo najo el suyo y le agarré la muñeca.

—El visitante de Leda no dejará el trabajo terminado a medias. Sabe que le oíste amenazar a Bayard y no puede dejarte declarar. El ignora que tú sabes lo que le ha pasado a Leda. Actuará, pues, antes de la madrugada, antes que leas la Prensa con la muerte de Leda, porque entonces atarías cabos y correrías a la comisaría más próxima.

—Pero Bruno nunca...

—Lo hizo y volverá a hacerlo.

La encaminé por entre la gente hacia la salida.

—O pasas la noche conmigo o yo contigo. Me da igual, pero decide pronto porque me caigo de sueño, caray.

—Sería mejor decirlo todo a la policía y pedirle que me protegiera.

Me paré en la acera, soltándola.

—Magnífico... Y cuando sepan lo de mi pistola, también quedará yo más que protegido. No me soltarán ni un palmo hasta dejarme junto al verdugo y el trinchante. ¿No se te ocurre algo mejor?

—Sí.

La adiviné inteligente, pero tanto como para resolver el gran embrollo en segundos, no. Aunque la intuición femenina dio resultado. Me miró taimada, con mohín de Mona Lisa.

—Tengo un diván en mi sala. No es muy confortable, pero es todo tuyo. Prometo no molestarte hasta el desayuno.

Tuve que soplarle un brebaje infecto de leche con cacao, porque insistió en que daba un sueño tranquilo. Le conté el tenebroso asunto de Las Mimosas a partir de la llegada de Norval hasta que comprobé que mi «Lebel» no estaba tras el tubo calefactor.

Terminado el relato, permaneció lejana, remota, inexpresiva, mirándome sin verme. Mientras la leche se entibiaba, había ido a mudarse. Vestía una bata casera, acolchada, rosa limpia, y chinelas sin tacones. Una delicia.

También había traído almohadas y mantas de su dormitorio. Le hubiese querido preguntar si podía desprenderse de las mantas sin luego pasar frío, pero lo hubiera podido tomar como una insinuación, y ni hablar.

Yo estaba reventado y sin la menor gana de acelerar el idilio. Hubiésemos podido compartir el mismo lecho. Una almohada entre los dos habría bastado como protección para ella.

Cuando duermo a fondo, no me muevo de sitio, aunque tuviera a mí lado a la Venus de Milo con seis brazos.

A través de la bruma del sueño incipiente, oí que decía:

—Bruno debe estar loco. Adoraba a Leda. Fue por ella que

debió, posiblemente, matar a Bayard. Descubrió que ellos dos... Pero solo fue una breve aventura. Bayard se cansó de ella, lo mismo que se hartó de una criadita que había contratado. Una triste historia... Era una joven romántica.

Me costaba mucho mantener los ojos abiertos. Cuando Suzon se calló, luché por mantenerme despierto. Tuve la impresión deirme hundiendo en un pantano mullido.

—¿Qué le pasó a la romántica?

—Se tiró al río, ahogándose.

—Vaya... ¿Y Bayard?

—En la investigación declaró cínicamente que ignoraba el nombre del que había abusado de su joven criada antes de abandonarla. Juró que nunca sospechó que estuviera embarazada, ni que pensase suicidarse... Actuó magistralmente. Y nadie pudo demostrarle nada. Y nadie ni nada podían ya ayudar a la pobre chiquilla. Aunque fuera su primer amor, el primero de su vida muy corta, ante la ley no había delito: era libre, había cumplido la mayoría de edad legal y era de raza civilizada.

—Todo eso no nos lleva a ninguna parte. Bruno no mató a Bayard para vengar a una doncellita. Estaba loco de celos a causa de Leda, Le oíste amenazar a Bayard. Olvida las aventuras sentimentales del canalla de Bayard. ¿Sabes si Bruno tenía pistola?

Alguien caminaba cautelosamente por el corredor. A lo lejos, un reloj desgranó toques. Antes que las campanadas cesaran, los pasos se habían alejado. Las campanadas resultaron tétricas.

Suzon respiró a fondo y susurró:

—Tengo miedo, mucho miedo.

Abandonó la silla y fue retrocediendo hasta que su espalda tocó la puerta, cerrada con llave y pestillo. De pronto, exhibía una mirada de cordera acorralada. Me miraba como fascinada, tragando saliva, hasta que logró hablar, toda trémula:

—¿La mataste?... Contéstame, por lo que más quieras... ¿Mataste a Leda?

Me dejó atónito. Y amargado. Era increíble. Bueno...

Yo estuve en el piso de Leda... Dije, rencoroso:

—Pues sí que tienes plena confianza... ¡Vaya con tu confianza! ¡Anda, dilo ya! Di que maté a Leda y que te camelé para matarte.

El teléfono estaba en una mesita cerca de la ventana. Me levanté

del diván y fui a coger el aparato. Ella seguía inmóvil, mientras yo marcaba números. Sin mirarla, la acusé:

—Eres un rato malpensada y maligna. Sobre todo, sigue a la distancia necesaria. No vaya yo a cepillarte... ¡Sí! Pásame al sargento de retén. Sí, continúo al aparato... No, no es una urgencia. Gracias.

Por dentro, no tenía yo la calma que aparentaba. Era inconcebible que la muchacha que me gustaba tanto, tanto que por un segundo hasta pensé que algún día, a lo mejor, me casaría con ella, me creyese capaz de destrozar canallescamamente a una mujer...

Una voz lejana me rascó el tímpano:

—Aquí, sargento Leduc. Oficina de reclamaciones. ¿Desde dónde llama?

—Quisiera...

No pasé de ahí. Una mano se posó en la boquilla del aparato, otra sobre mis labios, y Suzon musitó en mi oído libre:

—Caramba, Martin, debes pensar en mi buena reputación...

Leduc se impacientaba:

—¿Quién es? ¡Hable! ¿Qué desea decirme? ¿Qué quería?

El brazo de Suzon se deslizó en torno a mí cuello, y cogió el aparato. Su palma, suave y perfumada, sobre neis labios, me sabía a gloria.

Ella le sonreía al aparato.

—Cuánto lo siento, y perdóneme la molestia, pero ya no necesito ayuda. ¿Quién habló antes? Mi hermano... Se trataba de mi perrazo... Sí, pensé que lo había perdido, pero ha vuelto. Está conmigo... Sí, muchas gracias. De acuerdo, la próxima vez tendré más cuidado. Buenas noches, oficial.

Y colgó, tan fresca. Pasé al ataque.

—Primero, era un sargento, y no hay oficiales. De sargento se pasa a ayudante de inspector. Segundo, que si tu hermano, que si tu perrazo... ¿No te dije que te mantuvieras a prudente distancia?

—No recibo órdenes en mi propio piso.

Se reía suavemente, algo trémula, pero con franqueza. Preguntó:

—¿Por qué me miras así tan fijo?

—Porque lo que pasa es que te sabes muy bonita y te das cuenta que contigo soy una malva. Debería irme ahora mismo, rediez.

Ella alzó los brazos, rodeó mi cuello y me besó. Con grave

expresión. Pero me besó. Creo que con gran afecto. Yo tenía demasiado sueño.

Me desprendí poco a poco y señalé el diván.

—Hazme un favor.

—Todos los que quieras.

—Ayúdame a empujarlo contra la puerta. Estamos en un cuarto piso y la escalera de incendios está en la otra fachada del edificio. No hay peligro de que Bruno venga a interrumpir tu sueño, ni aunque entrase por el ojo de la cerradura.

Trabajamos en silencio. Desplegado el diván-cama, colocó las mantas, arregló las almohadas, mientras yo me quitaba las botas y me aflojaba el cinturón.

—Muchas gracias, señorita Dubosc. Así va bien. Será mejor que también tú te vayas a dormir.

Dignamente, se dirigió hacia su habitación privada. Antes de entrar, se volvió.

—No me has preguntado qué hacía yo en el sitio donde mataron a Giles.

—Fácil. Leda y tú buscabais a Bruno. Una por un lado, otra por otro...

Me extendí con un gran suspiro de satisfacción y atraje las mantas hasta mi cuello. Tibias, tiernas, mullidas. Afirmé, soñoliento:

—Tu piso pasará a la historia. Podrás contar en tu vejez que cierta noche, por muy pocas horas, durmió aquí el mejor sabueso de París.

—Buenas noches. Se nota que estás muy fatigado.

Ondeeé los dedos. Ella cerró su puerta. La oí ir y venir unos instantes. Traté de imaginarme nuestra vida, si me casase con ella... Era peligrosa. Me gustaba horrores, la tenía casi al alcance, y, sin embargo, solamente deseaba protegerla, velar su sueño... sentirla cerca... Creo que eso es lo que llaman amor... Floté en una neblina de sueño y languidez. No recuerdo haber apagado la luz. Ya era tarde. No podía luchar más contra el sueño que me inundaba como la pleamar. Olvidé las luces.

Y debí soñar. Dos manos cogían mi rostro y una boca dulce, fresca, con sabor a manzana, rozaba la mía. Muy breve. Curioso. Me pareció que una puerta se cerraba suavemente, no muy lejos.

La sala ya estaba a oscuras.

CAPÍTULO XIV

Contra la cafetera había una cartulina escrita:

«Tengo que trabajar. Si quieres volver a verme, llámame a la redacción. Procura que no te vean salir, para evitar chismes y críticas. Por suerte, nadie intentó entrar esta noche, ¿verdad? Roncas espantosamente con intermedios gratamente melódicos.

«Firmado: la muy agradecida señorita Dubosc, que prefiere ser Suzon».

Releí la misiva varias veces mientras paladeaba dos tazas de café. Luego pasé al aseo, repuse en su sitio el diván y hasta doblé las mantas. El dormitorio de Suzon mostraba un orden impecable. El aroma a lavanda y espliego que flotaba en el cuarto me evocó el momento en que ella me rodeó el cuello con sus brazos.

Descansado y a la luz del sol, decidí dar una vuelta, con rodeos de exploración preliminar, por los contornos de mi estudio-despacho.

Fui a parar al despacho de Melchior Norval. Un cuarto minúsculo. En el reborde de la ventana cerrada, cadáveres de moscas. Peste a colillas. Y tras la mesa, Melchior, acechándome como un felino disponiéndose a saltar al menor descuido.

—¿Dónde estabas muchacho? Te telefoneé hace dos horas. No contestaban. Esta marca facial no me digas que es carambola del directo que tuve que soltarte ayer.

—Resbalé en las escaleras. He venido porque un plantón tuyo me invitó a visitarte.

—Quería comunicarte la buena nueva. El caso terminó. Ya está en el saco. ¿Has oído hablar de un tal Bruno? ¿Bruno Pelegrin?

—El nombre Bruno es corriente, pero no conozco a ningún Pelegrin.

—Si bien el nombre es corriente, el hombre, en cambio, se aparta de lo ordinario. La prueba: tres asesinatos en menos de seis horas.

—¿Tres?

—Lambert, uno. Bayard, dos. Y el tercero... Déjame presenciar cómo trabaja tu cerebro, Martin.

Y reclinándose en la silla, se meció adelante y, atrás, en un alarde de flexibilidad muscular y equilibrio, puesto que enlazaba las manos en torno a una rodilla, cruzadas las piernas. Fingía una gran indiferencia por mí respuesta. No piqué el anzuelo.

—Desde anoche hay un problema que me atosiga —empecé a decir.

Le chispearon los ojos con retenido entusiasmo. Convencido de que iba a decirle que fui testigo casi presencial de la muerte de Leda. Y apenas lo dijese, me saltaba encima. Por silencio culpable.

Mi pausa le impacientó. Cesando en el balanceo, era invitante su ademán, y su afectuoso tono de corso taimado:

—Si puedo serte útil en algo, compañero y ex colega...

—Tal vez. Desde anoche noté a faltar una pieza en tu rompecabezas de la muerte en serie en Las Mimosas. Mencionaste que al morir Bayard solo estabas tú, el fotógrafo y el de las huellas. Falta uno. Uno que ya no mencionaste más desde el apagón. Fausto Lorrain.

Decepcionado, torció Norval la boca. Aventó con las manos:

—Eliminado totalmente porque tenía antecedentes penales y un agente lo llevó a buen recaudo directamente antes del apagón, minutos antes. No, no pudo volver a matar a Bayard, si es lo que piensas. Esposado y en coche patrulla, viajaba rumbo a la cárcel.

—Entonces, no caigo en el tercer asesinato...

—Pero recordarás a la mujer que yo buscaba, Morena, perfume caro y selecto, calzando un treinta y siete... La encontré. Leda Frisson, la cantante, ex amante de Bayard, preciosa por su efigie y fotos. Bella hasta que la vi hacia la medianoche.

La pausa la hizo ahora él. Clavándome los ojos. Mi mente trabajó febrilmente. ¿Cómo pudo Melchior estar allá en el piso, a la medianoche? Casi pisándome los tendones de Aquiles... Su respuesta me escamó. ¿La potencia febril de mis pensamientos emanaba ondas que él captaba por telepatía especial?

—A las once, aproximadamente, anoche, un ciudadano llamó al Police-Secours callejero. Oía ruidos raros en el apartamento contiguo. No podía moverse, ya que era un pintor solterón y

solitario, aquejado de artrosis, que le inmovilizaba en su cama. Creyeron que sería un maniático, ya que otras veces se quejó de ruidos, y resultaron ser los propios de alguna juega que se desarrollaba.

Yo sudaba íntimamente. ¿Y si al ir Suzon al piso de Leda, hacia las once y media o más... la vieron? ¿Y si Melchior estaba jugando al gato gordo con una ratita bonita y un ratón que era yo?

—No atendieron de inmediato a su llamada. Terminaron la ronda normal, y un patrullero subió. La puerta no estaba cerrada con llave. El timbre funcionaba, pero no contestaban. Usó la ganzúa. Y lo que vio le bastó para llamar al servicio de urgencia. Ataron cabos. Ex amante de Bayard... Me sacaron de la cama. Y como te decía, Leda era muy bonita hasta que Bruno Pelegrin le pulverizó la cabeza con un taburete de cuarto de baño. Cuando el Jurado vea las fotos, le enviará directo al patíbulo. Es el asesinato más indecente que me ha tocado desde hace años. En fin, ha quedado terminado el caso.

—O sea, que confesó sus móviles y por qué mató a tres personas en un tiempo récord.

—No ha confesado. Pero los móviles saltan a la vista. Leda le vio matar a Lambert confundiéndolo con Bayard. Tuvo miedo que hablase. Fue a su piso y le cerró la boca definitivamente. No le dejaremos respirar hasta que nos dé todos los detalles.

—No podréis demostrar su culpabilidad mientras no la admita y haya confesado.

—No somos curas, ¡mecachis! Confesar, confesar... Sus confesiones se las hará al verdugo. Nos sobran pruebas irrefutables. Le encontramos en el piso de Leda, cerca del cadáver y con sangre en su traje.

—Vaya asesino más complaciente... ¿Te aguardaba?

—Al que no esperaba era al patrullero, que, cumpliendo con su misión, abrió sigilosamente, avanzó hasta el cuarto de baño, cuya puerta estaba entreabierta y pescó a Bruno Pelegrin en flagrante estupefacción. La del criminal enloquecido y enamorado que se resiste a huir. Porque cree tener tiempo. Nadie le ha visto. Nadie vendrá. Era la mujer que amaba. Y así lo atraparon.

Había algo que no me convencía. No lo veía aún con claridad, pero algo fallaba. Proseguía Norval:

—Reconoció, cuando le interrogamos en el mismo piso de Leda, que tenía la intención de abandonar París con ella, por temor a ser molestado por nosotros con motivo del doble asesinato de Las Mimosas. Dijo que en el cóctel se embriagó. Confesó haber amenazado a Bayard con matarle, delante de la propia Leda, porque estaba loco de celos. La ocasión se presentó... ¿Prosigo?

—Sí. Tendrás su pistola, supongo.

—No la tenía cuando lo cacheó el patrullero. Niega haber tenido jamás una pistola. ¿Y qué? Tras cargarse a Lambert y a Bayard, le bastó con tirarla al río. No vamos a dragar el Sena desde el Atlántico a los montes del Este, pasando por Juvisy... ¡Con pistola o no, tenemos al asesino! Lambert, Bayard o Leda, ¿qué importa el crimen por el cual pagará con la cabeza?

—¿Cómo explicó su presencia junto a Leda muerta?

Pregunta superflua, pensé inmediatamente de hacerla. Bruno telefoneó a Leda avisándola que pasaría a buscarla. Y era verdad lo que decía. No había matado a Leda. Por simple estética elemental. No iba a regresar después de haber huido. No hubiera podido resistir por segunda vez, en frío, la atroz visión...

Otra persona había matado a Leda. ¿Quién y por qué? No era difícil de saber... Me bailaba algo por la mollera. Explicó Norval:

—Dijo que debían huir juntos. Y, posiblemente, disputaron en el último momento. Bruno debió pensar que el que viaja solo, lo hace más deprisa. A menos que fuese ella la que se negase a irse con él. Ya acabará por confesar. Por el momento, proclama que es inocente y que se trata de un fatal encadenamiento. No solamente asegura que se disponía a llamar a la policía, cuando lo sorprendió el patrullero...

Norval sonrió ácidamente, como si fuera a contarme un chiste cruel:

—Pretende hacernos creer que Leda le telefoneó para decirle que ella había visto salir a Dambros del despacho, inmediatamente después del disparo que acabó con Lambert. Figúrate tú... ¿Te imaginas tú al nerviosillo y delicadísimo Paul, al secretario que se asusta de una mosca pegajosa, matando precisamente al fulano que lo mantenía? Aclaro: que lo mantenía como patrón, no como pederasta, que, por lo menos, no lo era Bayard.

—Y es posible que Bruno Pelegrin haya sugerido que Dambros

mató a Leda.

—¿Sugerido? No paró de bramarlo, gemirlo y repetirlo en todos los tonos durante toda la noche. Empezó así apenas lo trajimos al cuarto de preguntones, y sigue sin apearse del burro. Me cansé intentando convencerle que su defensa era muy absurda, pero no hay nada que hacer.

Mientras escuchaba a Norval recibí el impacto. La corazonada. Todo me apareció clarísimo, y en «flash»... ¡Paul Dambros!

Ahora comprendía por qué el canalla que me encerró en el cuarto de Leda, fingiendo encañonarme una pistola en la espalda, tenía aquella voz tan rara de gramófono antiguo: la disfrazaba.

Era Dambros el que le dijo a Edgar Montfort que su carta estaba en el bolsillo de Giles en el momento de su muerte.

La mujer que le había según él, golpeado mientras telefoneaba, no era más que una pura invención para sembrar más confusión todavía. No hubo mujer alguna.

Las huellas tras las cortinas eran limpias y húmedas, sin rastro del barro de los parterres. Y la ventana guillotina no estaba lo bastante abierta para permitir a una persona entrar.

Pero cuando Dambros desapareció, tras el apagón, él sí que la había abierto a fondo entonces. ¡Paul Dambros!

Pregunté:

—¿Por qué afirmas con tanta seguridad que no puede ser verdad lo que asegura Bruno? ¿Qué sea Dambros el asesino?

Norval sonrió burlón.

—Me faltó añadir que Dambros al cual parece no estimar mucho, se entregó anoche, exactamente a las diez y cincuenta minutos. Me llamaron desde una comisaría diciéndome que un individuo, respondiendo a la descripción difundida por radio del que había huido de Las Mimosas, acababa espontáneamente de pedir que lo encerrasen. No daba ni su identidad ni más informaciones. Pero insistía en que su vida corría peligro y que debíamos protegerle. Esperando mi llegada le hicieron examinar por un médico. Tras el examen médico, decidieron protegerle, encerrado le dieron un baño caliente y le mudaron la ropa.

—¿Por qué? ¿Tenía pulgas?

—Estaba mojadísimo y al borde de la pulmonía. Llovía a chorros cuando huyó de casa de Bayard.

—Y explicaría los motivos de su fuga contando lo que hizo hasta las once menos diez.

—Imposible, porque ni él mismo lo sabía. La última cosa que recordaba era el golpe en la cabeza, seguido del eco del disparo. El resto es como un apagón completo. El médico mencionó una posible amnesia. Sufría una conmoción violenta y parecía al borde de la crisis nerviosa.

—Muy cómodo para él. Vaya coartada más floja.

—No necesita ninguna coartada. ¿No estabas con él tú mismo cuando dispararon sobre Bayard?

—Pero mató a Leda porque ella le vio salir del despacho donde Giles...

—¡De acuerdo de acuerdo! Mató a Giles, se las compuso para que le golpearan en la cabeza y encima se las apañó para matar a Bayard delante tuyo, y a larga distancia y a través de veinte tabiques. Todo es disparatado... a menos que puedas razonarlo, talento.

—Nunca existió la mujer que le golpeó. Era inventado. Sabía que Leda le vio salir del despacho. Inventó el golpe para desviar la atención. No podía ser acusado, puesto que era víctima de un ataque violento. Tú buscabas una misteriosa golpeadora. Entre tanta confusión, nadie pensaba en sospechar de Dambros. ¿No está claro? Hizo una comedia y le creímos. La ventana abierta, las huellas por la alfombra, su crisis de mujercita histérica al aparentar recuperar los sentidos... Cuento.

—Muy bien imaginado pero dime ahora: ¿Por qué habría asesinado a Giles? Que odiase a su patrón, pase, pero, ¿a un desconocido? Y, ¿quién disparó cuando las luces se apagaron y estaba Dambros arriba, contigo? ¿Qué contestas? ¿Has hallado la solución a estos interrogantes?

—No. Pero estoy seguro de algo. No es Bruno Pelegrin.

—¡Y yo estoy seguro de otra cosa!

Levantándose, Melchior vino a agitar bajo mis narices un índice amenazador:

—¡Este caso ha quedado solucionado, limpiamente, sin fallos! No te mezcles para nada en investigar por tu cuenta, ¿me oyes? Bruno Pelegrin es el culpable y lo pagará, ¿estamos?

—Conforme. Tal vez me equivoque. Tienes razón.

—¡Magnífico! Por fin eres razonable, y dejas tu eterna manía de llevarle la contraria a todos. Todo resuelto ahora. Has ganado un montón de dinero solo por asistir a un cóctel, y yo he resuelto...

Sus ojos me desafiaban a que le contradijese.

—¡Sí, he resuelto tres casos de asesinato entre la cena y el desayuno! Somos dos zorros, ¿verdad, Martin?

Rectifiqué:

—Tres.

—¿Tres?

—Te olvidas de Paul Dambros.

—¡Rayos! ¿No estábamos ya de acuerdo?

—De acuerdo, ya te he comprendido, ex colega. Si dices que Bruno Pelegrin es el asesino, a mí solamente me toca decir amén.

—¡Exacto!

Me levanté:

—Por cierto, ¿por qué me enviaste a buscar?

—Porque estaba seguro que te complacería saber que ya estaba todo resuelto.

—Gracias por la gentileza. Por cierto, ¿qué hicisteis con Dambros después de bañarlo y hacerle examinar por un médico?

No pestañeó siquiera al contestarme:

—Queríamos dejarle libre, pero se ponía terco con sus temores. Tuvimos que remitirlo con escolta de protección a la clínica psiquiátrica de Chaumont.

—¿Eh? ¿Crees que necesita una camisa de fuerza?

Melchior Nerval abrió la puerta y me miró con dureza.

—Si tú no lo crees así, te guardas tus sospechas para ti. Quede claro que te advierto... Bajo ningún concepto intentes molestar a Paul Dambros o serás tú el que, con camisa de fuerza, ocupes una celda del manicomio. Adiós, y espero no verte demasiado pronto.

Al salir, comprobé que el sol lucía esplendoroso en un cielo claro.

Melchior no tenía razón, pero me favorecía su terquedad de orgulloso policía que no quería admitir su error. El caso Lambert-Bayard-Leda quedaba terminado. Dentro de un par de semanas, yo denunciaría la pérdida de mí «Lebel» y compraría otra.

Que Bruno Pelegrin se las apañase solo. Pagaría por la muerte de Leda, y todo el caso queda concluso.

Y yo me quedaba definitivamente tranquilo. Paul Dambros, por su propia conveniencia, nunca hablaría. Leda había muerto y Bruno...

Pensé en Suzon. Podríamos ella y yo ir a nadar al claro de luna, a cenar, a bailar, a pasearnos por el parque. Eso es. La idea era buena. Me iría a bañar. El sol calentaba y no tenía nada que hacer hasta que Suzon saliera de su horario periodístico. Iría a tostarme a la piscina Molitor, esperando la hora de llamarla a la redacción.

El Metro estaba en la esquina. ¿Metro? ¿Por qué no hacer las cosas bien? Tomé un taxi, arrellanándome como si fuese un millonario.

Eso sí que era vida. Así es como quería vivir. Sin atormentarme más por un idiota que había hablado demasiado con cuatro copas, amenazando de muerte a Bayard ante la propia Leda...

El chófer estaba pacientemente ladeado en el respaldo, casi rozándome con el codo. Me miraba interrogante.

—¿Qué? ¿Dónde quiere ir?

No le podía contestar que yo quería ahogar la vocecita que murmuraba incesantemente: «Bruno Pelegrin no la mató... Bruno Pelegrin no la mató...»

—Para sentarse a pensar hay bancos —decía el taxista. Un vejstorio simpaticón, con cara de filósofo del asfalto—. Si no sabe exactamente dónde quiere ir a parar, se apea y...

—Lléveme a la clínica de Chaumont. Sí, me oyó bien. Es allí donde quiero ir.

Y como arqueaba una ceja, algo amoscado, aclaré:

—Como visitante, no como inquilino.

CAPÍTULO XV

La mujer vestida de blanco, sentada tras el mostrador sobre el cual una placa decía «Información», me informó:

—Lo siento, pero no puede ver al señor Dambros. Por ahora no tiene permiso para recibir visitas. Cuando esté mejor, dentro de un par de días, vuelva.

—No podré. Acabo de llegar de Marsella y regreso esta misma noche. Soy el cuñado de Dambros, y no sé qué le diré a mí esposa si me voy de París sin ver a mi cuñado... Déjeme, aunque solo sean unos minutos.

Por el gran vestíbulo se aproximaba un individuo vestido de blanco. La enfermera le informó de mis deseos, mientras él anotaba algo en una gran hoja sobre una tablilla. Y firmaba. En lo alto de la hoja decía doctor Renán. Me miró el doctor. Insistí:

—Si es posible verle... aunque, sobre todo, quisiera que me expliquen lo que le pasó. Sé solamente que de pronto cayó enfermo. ¿Es grave?

—Físicamente, no tiene casi nada. Le examiné esta misma mañana... Cinco minutos de charla con usted no le pueden perjudicar. Si quiere seguirme, señor...

—Leduc.

—Por aquí, señor Leduc. Si no le importa, iremos por la escalera, y podré darle los datos clínicos que desee. Enfermera... Cuando el señor Leduc se vaya, anote su hora de salida. Y la dirección, por si hemos de comunicarle algo.

Subimos hasta el primer piso sin hablar. En el rellano dijo Renán:

—Su cuñado fue ingresado anoche. Sufría conmoción, aunque no tenía ninguna herida visible, y su estado físico es completamente satisfactorio. Pero al ingresar pasaba por una crisis de histeria. Fue preciso emplear la fuerza para reducirle. ¿Ya le ha sucedido otras veces?

—Que yo sepa, no. En cambio, aunque sea un secreto de familia, sé que mi cuñado agarra unas tremendas borracheras. Tanto es así, que en cierta ocasión se emborrachó espantosamente y fue a parar a

un sitio similar a este. Se creían que había perdido la memoria, pero...

—No titubee, señor Leduc. El pasado de un paciente es muy importante para nosotros, si queremos curarle. ¿Por qué dice que se creían...?

—Porque, aunque soy profano en la materia, tuve la impresión que mi cuñado se inventó la amnesia para disimular sus juergas. Y parece ser que ayer tarde, según me han contado, bebió como un cosaco, y luego pretendía que le habían golpeado en la cabeza. Según decía, una mujer que no vio y que le golpeó sin motivo alguno aparente. ¿De verdad le golpearon en la cabeza?

—Cuando le examiné anoche, tenía una marca muy leve, que muy bien pudo producírsela bebido, chocando contra una puerta o un canto de algo.

—¿Y esto puede producir amnesia? ¿La borrachera y un golpecito?

—En realidad, la amnesia no tiene nada que ver con la dipsomanía, ni la contusión leve. Salvo en las lesiones de cerebro, la amnesia puede deberse a una incapacidad psicológica de hacer frente a la realidad.

Ya estábamos en el tercer piso. Resoplé, y deteniéndose, dijo Renán:

—Pudimos coger el ascensor, pero prefiero siempre hablar de los casos clínicos a solas con algún familiar y no delante del paciente.

—Pero, ¿qué demuestra que sufre un choque emocional, aparte la historieta que haya podido contar?

—Nada. Nada en absoluto. Sus reflejos son normales, al igual que sus reacciones más instintivas. Le inyecté morfina y durmió toda la noche sin moverse. Un caso raro, no cabe duda.

—Entonces, échelo fuera ya, al muy gandul, y no pierda su tiempo.

—No puedo hacerlo, sin ser autorizado o que lo solicite el propio señor Dambros.

Subimos al cuarto piso y le seguí por el corredor. Se detuvo ante una puerta. Iba a abrir y se contuvo. Dijo:

—Delante mío, su cuñado podría cohibirse. Háblele a solas. Y si me necesitase, le bastará pulsar el botón disimulado bajo la mesita de noche, empotrada. Si no me necesita, cuando se vaya, pregunte

por mí en información. Me llamo Renán.

Se alejó, empleando el ascensor para bajar. Estaba claro. Si me dejaba solo con un chiflado amnésico, por más cuñado que fuese, era porque el doctor Renán, como yo mismo, tenía sus dudas sobre la amnesia de Dambros.

Abrí la puerta y entré.

Dambros estaba tendido en la cama con la cabeza vuelta hacia la ventana. Acercándome, vi que tenía los ojos cerrados. Me presenté:

—Coge tu ropa y vámonos a dar un paseo.

Si dormía, se despertó rápido. Sobresaltado, respingó, volviendo la cabeza hacia mí, y protestó:

—¿Qué diablos quiere?...

Cuando me vio, abrió un poco la boca. Toda su energía desapareció mientras yo cogía la hoja clínica y la rompía en varios pedazos y antes de dejarla sobre la mesita.

—¿Por qué hace esto? Y... ¿quién es usted?

—Me llamo Leduc. De la casa Lebel. Ayer nos cogió prestada una automática «Lebel». ¿Se acuerda? Y con ella mató a un sujeto llamado Giles Lambert.

Me senté al borde de la cama, sonriéndole.

—No me quejo por lo ocurrido a Giles. Era un chantajista. Hasta le deberían condecorar a usted. Pero no es correcto servirse del arma de otro, ¿no te parece, bribón?

Se incorporó en la cama, agitando el puño.

—Esto ya sobrepasa lo tolerable, Martin, y si no sale inmediatamente...

—Celebro que hayas recuperado la memoria, Paul. Y antes de que tengas una recaída, hálame de Edgar Montfort.

Me miró, dilatados los ojos, fascinado como un conejo ante un caimán.

—Nunca he oído hablar de Montfort. Déjeme solo.

Estoy enfermo, muy enfermo.

—Edgar no lo cree así. Hasta tiene ideas muy personales sobre este asunto.

Le agarré por las solapas del pijama.

—No está nada contento Edgar a propósito de la carta que le escribió a tu amigo Giles. Dice que te quedaste con ella y la reclama. Si te obstinas en conservar la carta, se va a poner furioso.

¿Sabes lo que hará? Mejor que lo ignores. Al oírle se me puso la carne de gallina; o sea, que figúrate. Te ha cogido mucha tirria.

—Pero, ¿por qué? Yo no la he cogido. No puede pensar que yo... La carta estaba en el bolsillo de Giles cuando... cuando...

Dambros se colocó una mano temblorosa ante la boca. Murmuró:

—Quiero decir...

—Quieres decir cuando le dejaste bien muerto, en el despacho. Le hundí los dedos en el cuello, sacudiéndole.

—Ya hemos llegado al final de la comedia, Paul. Más te vale confesarlo todo. Janot va a venir, con la orden de recuperar la carta. Me importa un pepino que te mate o no. Y si te ayudo, será con una sola condición: que me lo expliques todo y bien claro, que lo entienda. Toda la historia.

—No... hay historia...

Le aflojé un poco el gaznate para que pudiera seguir hablando.

—No tengo la carta. Fue un accidente, lo juro... Intenté cogerle el revólver y... se disparó...

Febrilmente, pestañeaba como una lechuza.

—Fue Lambert el que te amenazó por teléfono... Fue él quien robó tu revólver. Dijo que era por si las cosas se complicaban. Le repliqué que no quería saber nada de dispareos en la casa, pero no me escuchó. Entonces, perdí la cabeza, y... pero fue un accidente. Por el amor del cielo, tiene que creerme. Era un accidente.

—¿También Leda Frisson? ¿Era por placer que la martilleaste a taburetazos o tenías miedo de que el revólver hiciese demasiado ruido?

Cerró los ojos, lívido.

—Ella... ella me había visto salir, después... Ella me había visto... Habría podido decirlo a la policía... Yo tenía que estar seguro de que no hablaría... No quería, pero era preciso, sí, era necesario.

—Debiste utilizar la automática «Lebel» para matarla más decentemente.

—Yo, yo... ya no la tenía. La había dejado sobre el despacho de... Suéltame la garganta... Me asfixias... ¡Es la verdad! ¿Por qué iba a mentir ahora?

Permaneció un buen rato frotándose la garganta, con la boca

abierta, como un besugo fuera del agua. Por fin se normalizó su respiración.

—¿Qué piensa hacer, Martin?

—Por más respetuosamente que vuelvas a tratarme, ¿qué crees que voy a hacer con un marrano que acaba de confesar dos asesinatos?

—No tiene pruebas. Lo negaré. Diré a la policía que usted me confesó haber matado a Leda... ¡Sí! Eso es. O me ayudas, como has prometido, o juraré que me lo confesaste todo. No, no tengo nada que temer.

—Sí, hombrecillo. Tienes que temer a Edgar Montfort.

—Edgar me creará. ¿Por qué iba yo a intentar algo tan suicida como chantajearle con una carta? Si la tuviese, se la daría. ¿Para qué me serviría?

—La carta demuestra el papel de Edgar en el chantaje de Giles. Si tú ya no puedes chantajear a Bayard, tienes, en cambio, en tu poder a Edgar. Sabe que viste la carta en poder de Giles, puesto que se lo dijiste tú mismo. No va creerse que la carta voló sola.

—¡El que cogió la «Lebel» sobre la mesa del despacho es el que robó la carta!

Se formaba un taco ya. Le ayudé:

—Sí que cogió la pistola no necesitaba la carta para nada. Buscaba la pistola para matar a Bayard...

—No me importa quién mató a Bayard...

Se había puesto congestionado como un sapo rojo a punto de reventar. Y tendió un dedo acusador.

—¡Fuiste tú! Sí, tú, el que cerró la puerta del despacho. Nadie más pudo hacerlo. Sabías que si encontraban la pistola te acusarían... y tenías que librarte del arma. ¡Tú tienes la carta!

—Vamos a suponerlo. Te la daré cuando quieras, a condición de que lleguemos a un acuerdo. Edgar se quedará tranquilo, y todos felices. ¿Trato hecho?

Cogí un pedazo de la hoja clínica y empecé a escribir con mi bolígrafo. Alcé la vista, apuntándole con el bolígrafo:

—Si no aceptas el trato, te echo una dosis de amoníaco en los ojos y dejo a Janot el placer de rematarte. Viene a recobrar la carta o a meterte una bala en las tripas, donde más daño hace y dura mucho tiempo.

Se le cortó el aliento a Paul. Se encogió bajo las sábanas y quiso huir por el otro lado de la cama. Antes que tuviera tiempo de lanzar el grito, me senté encima de él, apoyándole la palma sobre la boca y la nariz.

No era un asiento tranquilo, pero aguanté hasta que cesó de debatirse y cuando sus ojos empezaban a brotarle de las cuencas.

Aparte de que le tapaba cuidadosamente las fosas nasales con dos dedos, hacia arriba.

Le dejé respirar antes que fueran a reventársele los bronquios.

—Te diré dónde está la carta de Edgar, que está dispuesto a pagar cincuenta mil por ella, si yo logro entregársela. Dispondrás de dinero y tiempo para largarte rápidamente a las Américas.

—¿A cambio de qué?

—Una declaración firmada reconociendo que mataste a Leda.

Hundí la mano en el bolsillo, inclinándome.

—A menos que prefieras el amoníaco en los ojos. Tienes que escoger. O bien perder la vista, recibir un balazo en la tripa, o bien pasar largas y felices vacaciones en los trópicos.

—Algún día lo lamentarás, Martin, pero... venga, escribe, y firmaré... No, no gritaré. Sé reconocer cuando estoy perdido, y he de agarrarme a un clavo ardiendo si es preciso.

Redacté una breve confesión. Le vigilaba de soslayo. Cuando terminé, cogió el bolígrafo y, acercando el busto a la mesa, suspiró:

—Cuando haya firmado, harás lo que te dé la gana conmigo...

Temblaba y parecía muy fatigado. De pronto, veloz como el rayo, de un solo golpe, me plantificó el bolígrafo en el dorso de la mano y arrebató el papel escrito.

En el mismo impulso se abalanzó al otro lado de la cama, y sin pararse a recuperar el equilibrio, dio dos saltos de canguro loco hacia la puerta.

Antes que yo pudiera hacer nada, ocupado en sacarme el bolígrafo, lamerme la mano y gemir un poco, Dambros asía la manija de la puerta, aullando. Debían oírle hasta en los Campos Elíseos.

Y al efecto de sus alaridos salvajes, todo se desencadenó. Paul no necesitó abrir la puerta. Fue empujada brutalmente y tuvo que retroceder, braceando, hasta la ventana.

En un instante, entraron varios polizones. Encabezaba la

invasión el inspector Melchior Norval.

Paul Dambros agitó el papel que yo había escrito.

—¡Gracias a os! Llegó a tiempo, inspector. Este hombre es el asesino de la señorita Frisson. Esta es su confesión. La ha escrito él mismo y quería que yo...

Hincando los pulgares en los bolsillos, atajó Norval:

—Un momento. ¿Quién le ha dicho a usted que la señorita Frisson fue asesinada?

—¡Él, él!

Dambros agitaba el papel como si fuera un talismán contra todo posible peligro.

—¡Deténgale, inspector! No solamente mató a la señorita Frisson, sino también a Lambert. Pregúntele dónde tiene su pistola y por qué no se atreve a enseñársela.

—Ya se lo preguntaré, pero antes me acompaña usted a la comisaría. Paul Dambros, queda acusado del asesinato de Leda Frisson.

Chilló Dambros:

—¡Pero está usted loco! No fui yo. Fue Martin. La mató porque ella le vio matar a Lambert. Con su automática «Lebel». Lo ha admitido y me confesó que había discutido con Lambert a propósito del dinero chantajeado a Bayard.

Mientras hablaba iba retrocediendo, y cuando sintió el reborde de la ventana contra sus piernas, permaneció rígido e inmóvil, adosado a los cristales.

—Lo que he dicho es la verdad, inspector. Además, consta escrito por él mismo. Toda una declaración de culpabilidad.

Sonrió Melchior con regocijo.

—Yo tengo otra declaración muy distinta, grabada en magnetofón, en la sala vecina. Cuando esta mañana el doctor Renán le examinó, hice colocar un micrófono bajo esta cama. Estos dos doctores han tomado nota de todas sus palabras, Dambros. Su testimonio, añadido al de la cinta grabada, sobraría.

Por encima del hombro miró a los dos médicos y sin ropa blanca, y a los dos agentes.

—Pidan, por favor, a la enfermera que le traigan la ropa, señores. Y vosotros dos, esperad fuera mientras... Alguien bramó:

—¡Cuidado, inspector!

Era ya tarde. Norval se precipitó, pero tarde. Nadie podía ya detener a Paul Dambros. Eligió su modo de morir. No estaba en una celda de locos, sino en una habitación de pacífico amnésico.

Se zambulló de cabeza a través del cristal.

Vi a Norval inclinarse por el espacio abierto. Miraba hacia abajo. El extraño alarido cesó antes que pudiera interpretarse adecuadamente. Y siguió un hondo silencio.

Se me ocurrió una pregunta idiota. ¿Qué se debía sentir al cambiar de opinión a la mitad de una zambullida desde un cuarto piso?

Retrocediendo el busto, Melchior Norval se limpió las esquiras de cristales de los hombros. Estaba algo blancuzco de cara. Murmuró:

—Aterrizó sobre la verja del muro lateral. Se ha empalado sobre las puntas y todavía se mueve un poco... Como un escarabajo pinchado en un alfiler... como un escarabajo pinchado en un alfiler.

CAPÍTULO XVI

Más tarde, sentado en el despacho, le conté todo a Norval, a propósito de mi pistola. De todos modos, ya quedaba concluido el caso. En apariencia.

No me cogió de sorpresa la primera pregunta de Melchior.

—Puesto que Dambros estaba contigo en la habitación cuando hubo la avería de luz, ¿quién pudo liquidar a Bayard?

Mentalmente, le presenté todas mis excusas a Leda.

—Leda. Vio la ocasión de ajustar cuentas con su ex amante. Debí seguirme, mirar por el agujero de la cerradura del cuarto de calefactores, y al irme yo, cogió la pistola. Y rondó por los contornos de la casa, esperando que se fueran los invitados, aguardando la ocasión propicia para liquidar a Bayard.

—Una teoría razonable, ¿pero cómo demostrarla? En fin, podría meterte en chirona, por haber incinerado una prueba importante, pero soy magnánimo, ya que, a fin de cuentas, has sido el resorte final de la solución del caso. Por cierto, hay rumores de que te aceptarían como ayudante de inspector, si solicitas tu reingreso.

—Puesto a perder mi libertad, solamente aceptaría con gusto si tuviera que mantener a una esposa y los críos que vengan.

—¿No habrás olvidado algo importante? Llamé a Edgar Montfort para que oiga un pedazo de cinta... Pura fórmula. No basta para encarcelarle. Le diré que su cartita se quemó. Pero, ¿se lo creerá? Un día u otro, el libre sabueso Martin puede aparecer aplastado por la caída de varias tejas, o bajo las ruedas del Metro... En cambio, a un ayudante de inspector, ni cien Edgar Montfort se atreverían a rozarle siquiera con un abanico. Y, además, tu reingreso demostraría a Montfort que estaba a salvo de todo chantaje. Que era verdad que la cartita fue quemada por tu temor a ser culpado como autor de la muerte de Lambert.

Me puse a meditar, asintiendo. Afirmé:

—Mañana es fiesta y pasado también. El lunes vuelvo, señor inspector. Y muy agradecido por todo.

—No hay de qué, ayudante.

—¿Me permite una pregunta, señor inspector?

—Desembuche, ayudante.

—¿Cómo supo que iría a ver a Dambros a la clínica? Usted me lo había prohibido. Estuve a punto de no ir, en cuyo caso el micrófono bajo la cama hubiera supuesto una pérdida de tiempo y trabajo.

Adoptó aspecto de candidez. Estaba satisfecho.

—Goret, tu enemigo, me contó que, en el fondo, eras un verdadero chiquillo y que había que tratarte como a tal. Al prohibirte hacer una cosa... No robes manzanas, niño...; te entraría un gran deseo: robar manzanas, hacer lo que te prohibían. Tenía razón Goret. Ya no podrás gimotear que eres un incomprendido. He sido muy feliz escuchándole, ayudante Martin. Pero estoy seguro de que tiene algo que hacer. Y yo también. Puede largarse. Hasta el lunes.

—Hasta el lunes, inspector.

Di una media vuelta de sargento disciplinado. Dispuesto a irme. Di otra media vuelta. La risita de Melchior tenía guasa. Pregunté:

—¿Pasa algo?

—Comprobaba tu heroica decisión de ser dócil; hasta el lunes sigues siendo un sabueso libre. Siéntate. Tengo que contarte algo interesantísimo.

Y sin saberlo, Melchior Norval me proporcionó la última pieza del rompecabezas.

—Tengo el informe forense sobre Bayard. Tenía el corazón hecho papilla. Según el forense, habría reventado su válvula cardíaca en dos o tres meses. Y lo más curioso es que Bayard lo sabía. Hemos interrogado a su especialista. Nos informó que le previno a Bayard hace unas semanas, diciéndole que no era más que cuestión de unos meses. Por esto fue tan generoso contigo. El dinero no sirve allá dónde está ahora.

Recordé la extraña diversión velada que ostentaban los ojos de Denis Bayard...

—Ya comprendo por qué me contrató. En realidad, no le importaba mucho ser protegido. Esperar la muerte debía ser peor que la propia muerte. Y murió como quería. Actuando en cierto modo. Si fuese asesinado, sería el mutis más sensacional de su carrera teatral. Dejaba detrás a un sabueso para descubrir al asesino... Una actuación de gran envergadura. ¿Locura? Nadie puede saber lo que le pasa por la cabeza a un sujeto que no ignora

que le quedan unos meses de vida.

—Posible. Y ahora viene lo más sorprendente. Leda Frisson no le mató al disparar por la ventana. La bala le golpeó la clavícula y se alojó en un músculo de la espalda. El forense dice que era una herida menos que grave. Un simple brazo en cabestrillo. Fue el ruido lo que le liquidó, ni más ni menos. Con su angina de pecho, acechando el infarto, la coronaria hecha migas, bastaba para matarle el ruido de una bolsa de papel explotando.

Chasqueó la lengua antes de agregar:

—Lo que me fastidia es no poder preguntarles ni a Lambert, ni a Bayard, ni a Dambros algo que ellos solamente sabían. ¿Qué era lo que Lambert sabía que podía enviar a presidio a Bayard?

—A lo mejor le puede contestar la pregunta Edgar Montfort. El sí que lo sabe.

—Nunca lo dirá. Es un galápagos con muchas conchas. Conchas les llamo yo a las influencias fuertes. No te inquietes, Martin. Algún día, tú y yo juntos, acabaremos con Montfort. En espera de este gran momento, sigues libre hasta el lunes, Martin «Bis».

Y como seguía siendo un sabueso libre me calló que si bien ignoraba por qué le habían disparado a Bayard, en cambio sí sabía quién lo hizo y cómo.

Regresé por última vez a Las Mimosas.

Cuando el melancólico Roussel me abrió la puerta, sonrió muy débilmente y casi pareció algo así como contento al verme.

—Buenos días, señor Martin. Al oír el timbre creí que era el policía que había olvidado algo y volvía... Se fue, libre ya de vigilancia. Yo también me iba a marchar. Por poco no encuentra usted la casa vacía. Adelante, adelante. Pase, por favor. ¿Qué desea?

—Hablar cinco minutos en privado con Irma.

—Pero Irma se fue anoche, señor. Puedo darle su dirección, aunque sí puedo ayudarle en algo...

—En cierto modo, sí. Me gustaría pasar un momento a solas en el cuarto de los calefactores. ¿No le molesta?

—En absoluto, señor. Haga lo que quiera. Debo acabar de hacer mi equipaje.

Ni pestañeó. Como no habría pestañeado si le digo que iba al cuarto de baño a darme una ducha. De todos modos, él ya había

acabado con Las Mimosas. Le importaba muy poco que le prendiese yo fuego a toda la casa, si se me antojaba.

Desfilamos por el corredor, y pasada la cocina, nos paramos delante de la puerta de la calderería y demás artefactos generales caseros.

—Si el señor me lo permite, tengo mucho que hacer... Naturalmente, si desea que me quede...

—No, no, gracias. Tan solo una pregunta. No está obligado a contestar. Me sería útil solamente.

—Se lo ruego, señor. Puede contar con mi discreción. ¿Qué desea saber?

—Si Irma estaba con usted cuando las luces se apagaron. Quiero decir si estaba en la cocina y qué hacía...

—Puedo afirmar que estaba en la cocina y... veamos... estaba preparando un pastel de chocolate con capabas de diversas cremas. Me hablaba de que nadie parecía tener deseos de cenar... No la oía muy bien, a causa de la tormenta. Y las luces se apagaron.

—¿También la batidora eléctrica?

—Sí, en efecto. También.

—¿Sabe usted si tenía una hermana, una hermana muy joven?

—Tiene dos, señor. Pero más viejas que ella.

Por vez primera, parecía extrañado. Me miraba como si me faltase un tornillo. Proseguí:

—¿Irma no tiene hijos o hijas?

Con aire de resignación, Roussel me seguía la corriente:

—Sí, señor, dos. Un joven y una joven. Él está empleado en una granja de Normandía y ella se casó con un canadiense, yendo a vivir en Montreal. ¿Algo más, señor?

—Nada, gracias. Pero pienso que los hijos, y sobre todo las hijas, pueden causar muchas preocupaciones, ¿no es verdad señor Roussel? ¿Tiene usted hijos o hijas?

—No señor. Con su permiso, me retiro.

Le dejé irse. Ahora me faltaba hallar la prueba. Fui a desatornillar fusibles. Había dos hileras de seis fusibles. Los cinco primeros, normales. El sexto, no.

Habían quitado el filamento ordinario para reemplazarlo por un hilo de cobre capaz de soportar un voltaje muy alto. No se habría fundido ni en el caso de un corto circuito. En cambio, todos los

demás plomos se hubiesen quemado.

Y así fue como todo quedó planeado. Lo que encontré en la cocina era la solución final.

El cable conectando la batidora eléctrica, con el enchufe de pared, estaba desgastado en un breve espacio de la funda protectora. Los dos hilos al desnudo. Esto lo explicaba todo.

Apenas Irma enchufó la batidora, se produjo una elevación de voltaje en ciertos plomos que no estaban hechos para soportar un tratamiento semejante. Sencillo.

Permanecí un buen momento observando la batidora y pensando en Melchior. Tarde o temprano reflexionaría en la avería y el apagón. Demasiado oportuna, para no ser más que una coincidencia. Era hábil, sabía reparar plomos y estaría oliéndose algo extraño.

Si no hubiese estado atareado en conectar micros para cazar a Paul Dambros, ya habría venido a meter las narices en este sector.

Regresó a la sala de calderas para buscar el destornillador que había empleado Norval. Ya no estaba donde lo dejamos. Hurgué...

Desde el dintel, Roussel preguntaba:

—¿Busca usted algo, señor Martin?

Nos miramos en silencio y asentí al cabo de un rato.

—Lo sabe usted mejor que yo. Yo, personalmente, solo deseo recuperar mi automática «Lebel».

Su semblante pareció, de pronto, muy fatigado.

—Si no hubiese usted regresado tan pronto, habría cambiado los plomos y el cable de la batidora. Nunca, nadie habría sabido nada. Y ahora, ¿qué he de hacer?

Dejó caer al suelo el destornillador y se llevó la mano al bolsillo. Cuando la sacó, empuñaba hábilmente mi «Lebel».

Leí en sus ojos titubeo. Sentí mucha pena por él.

—Deseo que sepa que yo nunca diré nada. Bayard no valía gran cosa. Y usted tenía sus razones para matarlo. Yo no trabajo para la policía. Deme mi pistola y olvídense hasta de mi visita.

—¿Cómo puedo creerle?

—Si no confía en mí, entonces no le queda más remedio que disparar. Pero este segundo balazo sería criminal, ¿sabe? Matarme a mí, que no soy su enemigo ni le he hecho nada, sería impropio de usted, Roussel.

Con expresión de incredulidad, manifestó:

—¿Matarle yo? ¿A usted? Nunca haría tal cosa. A ningún precio. Yo buscaba la solución más sencilla. Pensaba suicidarme. Que hable usted o no, ya no tengo motivos para desear vivir ahora. Bayard ha pagado lo que le hizo a Elisa.

Bajó lentamente el arma hasta que colgó al extremo de su brazo. No hizo el menor movimiento cuando me acerqué. Le cogí mi pistola y la guardé entre pantalón y camisa. Dije:

—Recientemente me hablaron de una joven que trabajaba aquí, se enamoró de Bayard y supo demasiado tarde lo que valían sus promesas. ¿Era Elisa?

—Sí, era mi hija. Mi mujer murió hace tiempo. Elisa era mi única hija. Bayard organizó un simulacro de boda porque no podía conseguir a mí hija de otro modo... Una boda falsa, pero que ella creyó legítima. Sí, yo tenía ya un motivo suficiente para enviarle a la cárcel... pero no me bastaba. Yo quería que muriese, y sobre todo, que supiera durante meses lo que le esperaba...

Cerró los ojos y se llevó las manos al rostro.

—Cuando maté a Bayard, comprendí que nada había resuelto. Seguía siendo un viejo solitario... Sigo estando muy solo, señor Martin... Y, además, cometí una acción atroz... Matar a un ser humano.

Bajó las manos y contemplé su rostro atormentado, prematuramente envejecido.

—No creía posible odiar tanto a un hombre... pero ahora que ha muerto, dudo... de si tengo derecho a seguir viviendo.

—Bayard era un hombre condenado a morir, de todos modos. Lo leerá en la Prensa. Su bala no le mató, señor Roussel. Le falló el corazón. No vaya a la policía. No confiese.

Pensé que yo tenía ya la respuesta a la pregunta de Norval. El chantaje de Giles-Dambros era sobre la falsa boda.

Roussel me preguntaba tímidamente:

—¿Por qué se porta tan bien conmigo, señor Martin?

—Los hombres como Bayard viven demasiados años. No debe sentir el menor remordimiento.

A punto de salir, añadí:

—Cuando haya cambiado los plomos y el cable de la batidora, todo quedará definitivamente arreglado. Recuérdelo bien: todo ha

acabado.

★ ★ ★

Tengo entendido que el señor Roussel vive en el Canadá. No es asunto de mi incumbencia.

Aquella misma tarde, tuve la última prueba del maldito sentido del humor que tenía Denis Bayard. En su testamento me legaba cincuenta mil francos de los fuertes, con la condición de que yo entregase a su asesino a la justicia. ¡Vaya cinismo que tenía el hombre!... ¿Invocar la justicia él? Vaya idiota que era yo... Cincuenta mil francos que habían volado. Sigo siendo un estúpido sentimental, incapaz de husmear dónde está mi interés.

Eso del valor del dinero es relativo. A mí, Suzon me aportará un gran beneficio con la serie de pequeños Martin que van a divertir mis próximos años. El circo en casa.

Aunque debe ser bastante mal negocio, para un chiquillo o chiquilla, tenerme por padre. Es por esto que todavía me lo pienso. Pero creo que Suzon no me dejará mucho tiempo para pensarlo. Quiere que esta misma noche la lleve a cenar a la campiña. Me lo huelo. La cosa terminará en boda.

Después de todo, casarse no es una catástrofe.

Hay una enormidad de sujetos casados.

Y me consta que algunos sobreviven.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España